Patrick Modiano

Dora Bruder

Prólogo de Adolfo García Ortega

no podía ser en ningún caso definida ni ser utilizada para que el Estado adquiera activos de dudosa calidad. «Las ideas iniciales

remunerar sus emisiones a muy por encima del euribo.

Sigue en página

París

Se busca a una joven, **Dora Bruder**, de 15 años, 1,55 m, rostro ovalado, ojos gris-marrón, abrigo sport gris, pullover burdeos, falda y sombrero azul marino, zapatos sport marrón. Ponerse en contacto con el señor y la señora Bruder, bulevar Ornano, 41, París.

Una adolescente perdida en los pliegues del pasado resume en su desoladora peripecia vital el sufrimiento de toda una época: el continente europeo en la era hitleriana, visto desde la perspectiva actual, y la aventura moral del escritor que trata de recobrar la verdad de aquel tiempo y aquellos seres.

El 31 de diciembre de 1941, en el periódico Paris-Soir apareció un anuncio patético: unos padres trataban de encontrar a su hija, de 15 años, que se había fugado de un colegio de monjas. Nueve meses más tarde, el nombre de la muchacha aparece en una lista de deportados al campo de exterminio de Auschwitz. Al filo de estas dos desapariciones sucesivas conocemos el destino de todo un pueblo, de toda Francia y de toda Europa, en una era de dolor, de humillaciones y de violencia, en la que la pureza resalta por contraste sobre un fondo de destrucción. Pero el tema del libro no es sólo la vida de Dora Bruder, sino la búsqueda del propio autor que trata de reconstruir aquella biografía borrada.

epublibre

Patrick Modiano

Dora Bruder

ePub r1.8
Titivillus 23.02.2020

Título original: *Dora Bruder*
Patrick Modiano, 1997
Traducción: Marina Pino

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas

1. r1.2 Temistógenes
2. r1.3 Meddle
3. r1.4 junicebenice
4. r1.5 riholai

ePub base r2.1

Prólogo

por

Adolfo Garcia Ortega

Me considero un lector constante de Modiano, un modianista*, desde sus primeras novelas, a finales de los setenta. Creo que he leído prácticamente todo lo que ha escrito, y por eso puedo decir que* Dora Bruder *es su mejor novela. E incluso creo que es una de las mejores novelas aparecidas en los últimos años en Europa (el original francés es de 1997), y aunque no es más extensa que el resto de su producción, ya que Modiano acostumbra a escribir novelas de unas 150 o 170 páginas, ésta adquiere una dimensión extraordinaria, profunda, escalofriante, por su contenido. Es Modiano en la cumbre de su narrativa. Las frases que la crítica francesa ha dicho acerca de* Dora Bruder *son absolutamente exactas: «libro turbador» (Renaud Matignon), «libro contra el olvido» (Norbert Czarny), «un gran libro» (Marc Lambron), «libro excepcional» (Jorge Semprún). Y se podría añadir: libro necesario, libro cautivador, libro magistral.*

Patrick Modiano no es, como digo, un desconocido en España. Nacido en Boulogne-Billancourt, Francia, en 1945, de origen judío, sus novelas, desde la primera, La Place de l'Étoile *(1968), han sido traducidas periódicamente a nuestra lengua. En 1972 publicó una de las novelas que marcaría una especie de «patrón» para toda su obra,* Los bulevares periféricos*, caracterizada por ahondar en el pasado desde una situación de presente, casi siempre en el marco de un París concebido como un mundo geográficamente dilatado, enorme, casi un país en sí, y con la intención de encontrar las claves a la persecución judía en Francia o al naufragio moral que supuso la Ocupación, mediante personajes que, sometidos a diversas presiones, no siempre definidas, internas o externas, vagan por la vida sin una explicación, pero con la necesidad de describir el tiempo pasado. Esto, esquemáticamente, resume el cuadro general de las novelas de Modiano. En 1978 fue premio Goncourt por la impresionante* Rue des boutiques obscures*, y su producción comprende, entre otras,* La ronda de noche *(1970),* Una juventud *(1981),* Domingos de agosto *(1986),* El rincón de los niños *(1989),* Viaje de novios *(1990),* Joyita *(2001),* Un pedigrí *(2005) o la maravillosa* En el café de la juventud perdida *(2007). Sus obras han ido siempre al margen de las modas del momento, escribiendo un tipo de literatura propia, y eso le hace grande.*

Ahora, con Dora Bruder*, todos los ingredientes habituales se dan cita para componer un, primero modesto pero luego descomunal, fresco de la vida pública francesa en el marco violento, soterrado y cruel de la deportación de judíos. El tema es frecuente en Modiano, sobre todo en* Rue des boutiques obscures *o en la novelización de su guión, para Louis Malle, de* Lacombe Lucien*, película que convulsionó Francia donde sin piedad escarbaba en los fantasmas del colaboracionismo. Pero es con* Dora Bruder *donde se convierte en un canto fúnebre, directamente personal, entonado a todas y cada una de las personas judías cuyas identidades fueron borradas, eliminadas, suprimidas. Y esa supresión, cuando se trata de hallar cuál fue su huella en esta vida, es más escalofriante cuanto se intuye que sólo pueden permanecer en la memoria gracias a libros como el de Modiano (o el de Arendt o el de Goldhagen, por citar dos muy distintos), ya que no existe memoria familiar para pervivir en el recuerdo: las familias morían enteras.*

Declarados apátridas, siendo vecinos y convecinos de los franceses no-judíos, siendo compatriotas, amigos, familiares, paulatinamente los rastros por este mundo de los judíos deportados van haciéndose desaparecer por una voluntad preconcebida. Y Dora Bruder, la niña de quince años desaparecida, es el símbolo de todos ellos.

Narrada como una historia presente, en que el narrador y el autor se confunden, Dora Bruder *arranca del encuentro casual, en un periódico de 1941, de un pequeño suelto en que los padres avisan de la desaparición de su hija. El hecho de que el domicilio familiar coincida con el barrio en que el narrador vivió su infancia, hace que esa*

noticia le llame la atención. A partir de ahí, bajo la capa de recuperar más allá de la curiosidad, empezará una búsqueda de la identidad perdida de aquella niña que, como sus padres, como tantos miles de parisinos, terminó en un horno crematorio nazi, ayudados por la burocracia francesa. Buscará primero en los escenarios actuales de París. Buscará rastros, pequeños indicios, pero durante años esa investigación irá creciendo, se prolongará por archivos de la policía, por centros de documentación, encontrará cartas, nombres, sabrá cuál habrá sido el destino, paso a paso, de esa muchacha en un París tratado con cariño, pero con dureza, hasta su muerte en el campo de concentración.

Descarnadamente, como pocas veces se ha visto, Modiano, con pinceladas escuetas, relata como un historiador la secuencia terrible de aquel año 41, primero en comisarías, luego en cuarteles, luego en trenes, luego en campos, luego en hornos. Incluso el tono autobiográfico de autor perplejo le presta un realismo descarnado, a-literario, que objetiva la novela en un rango de investigación periodística, aunque sólo en parte, ya que la novela desciende fríamente a lo más hondo del alma. A medida que va profundizando en la vida, en los retazos de vida, que consigue averiguar de Dora Bruder, el lector asiste a una especie de apertura de cámara sellada: cientos, miles de Doras Bruder van saliendo a la luz. Lo que era una sencilla búsqueda, alimentada por la coincidencia de calles y de lugares comunes con la infancia del narrador, se convierte en el acta notarial de una masacre. Y lo espeluznante de la historia es precisamente esa cercanía de lugares comunes, ese París que compartieron la niña y el narrador. Mientras busca la identidad de los Bruder, Modiano nos describe el mundo anterior a su infancia, cada casa, cada tren, cada hora, cada sufrimiento o angustia de esos judíos y judías deportados son casas, horas y trenes en que otros franceses vivían ajenos, o no tan ajenos, a esa matanza.

Modiano, en esta obra magna y concentrada, demuestra que el mundo al que vuelve una y otra vez no está agotado. Esta novela, incluso, abre una vía por la que cabe esperar que el autor avance con nuevas perspectiva de su disección moral de la Francia ocupada. Pero lo terrible es pensar que los tiempos actuales no son distintos en cuanto a ese tipo de situaciones. Las guerras, las grandes migraciones de desplazados, la ascensión de los fanatismos, las matanzas generalizadas allí donde un colectivo es perseguido por ser sólo eso, colectivo, hacen que novelas como las de Modiano, donde las víctimas se lamentan de ser arrolladas por la historia, no pasen de moda, al revés, pervivan como faros morales.

Hace ocho años, en un viejo ejemplar del Paris-Soir, con fecha del 31 de diciembre de 1941, me llamó la atención una sección, «De ayer a hoy», en la página tres. Leí:

PARIS

Se busca a una joven, Dora Bruder, de 15 años, 1,55 m, rostro ovalado, ojos gris-marrón, abrigo sport gris, pullover burdeos, falda y sombrero azul marino, zapatos sport marrón. Ponerse en contacto con el señor y la señora Bruder, bulevar Ornano, 41, París.

Conozco desde hace tiempo el barrio donde está el bulevar Ornano. De niño acompañaba a mi madre al mercado de las Pulgas de Saint-Ouen. Bajábamos del autobús en la puerta de Clignancourt y a veces en el ayuntamiento del
distrito XVIII.
Siempre en sábado o el domingo después de comer.

En invierno, en la acera del bulevar, que discurre a lo largo del cuartel de Clignancourt, solía estar entre la multitud de gente, con su trípode, un fotógrafo gordo, de nariz grumosa y lentes redondos que ofrecía una «foto de recuerdo». En verano se instalaba en el puerto de Deauville, frente al bar Soleil. Hacía clientes. Pero allí, en la puerta de Clignancourt, los transeúntes no parecían tener muchas ganas de fotografiarse. Llevaba un viejo sobretodo y un zapato agujereado.

Recuerdo el bulevar Barbes y el bulevar Ornano desiertos, una tarde soleada de domingo, en mayo de 1958. En cada cruce había patrullas de policía debido a los sucesos de Argelia.

Estuve en ese barrio en el invierno de 1965. Tenía una amiga que vivía en la calle Championnet. Ornano 49-20.

En aquella época la multitud de transeúntes que pasa los domingos por la acera del cuartel debía de haberse llevado por delante al gordo fotógrafo, pero nunca fui a comprobarlo. ¿Para qué había servido ese cuartel? Me dijeron que había albergado tropas coloniales.

Enero de 1965. Eran las seis de la tarde y caía la noche en el cruce del bulevar Ornano con la calle Championnet. Yo no era nada, me confundía con el crepúsculo, con las calles.

El último café, al final del bulevar Ornano, lado de los pares, se llamaba El Surtidor Constante. A la izquierda, en la esquina con el bulevar Ney, había otro que tenía un.
juke-box
En el cruce Ornano-Championnet, en la esquina con la calle Duhesme, una farmacia y dos cafés más, uno de ellos muy antiguo.

Lo que he llegado a esperar en esos cafés… Desde primera hora de la mañana, cuando aún era de noche. Desde mediodía hasta el anochecer. Y más tarde, hasta la hora de cierre…

Los domingos por la tarde un viejo automóvil deportivo negro —un Jaguar, creo— aparcaba en la calle Championnet, a la altura del parvulario. Llevaba una placa detrás, GIG, Gran Inválido de Guerra. Su presencia en un barrio así me chocaba. Me preguntaba qué cara tendría su dueño.

A partir de las nueve de la noche el bulevar se quedaba desierto. Todavía veo la luz de la boca del metro de Simplon y, casi enfrente, la de la entrada del cine, ubicado en Ornano, 43. El número 41, que precedía al cine, nunca me había llamado la atención y, sin embargo, estuve pasando por delante durante meses y años. De 1965 a 1968. Ponerse en contacto con el señor y la señora Bruder, bulevar Ornano, 41, París.

De ayer a hoy. Con el paso de los años las perspectivas se vuelven borrosas, los inviernos se mezclan

unos con otros. El de 1965 y el de 1942.

En 1965 no sabía nada de Dora Bruder. Pero hoy, treinta años después, mis largas esperas en los cafés del cruce Ornano, mis itinerarios, siempre los mismos —recorría la calle Mont-Cenis hasta alcanzar los hoteles de Butte-Montmartre—: el hotel Roma, el Alsina o el Terrass, en la calle Caulaincourt, y todas las impresiones fugaces que conservo: una noche de primavera en que se oía hablar en voz alta bajo los árboles del parque Clignancourt, y de nuevo el invierno, a medida que bajaba hacia Simplon y el bulevar Ornano, nada de eso me parecía debido simplemente al azar. Quizá, sin tener todavía una conciencia clara, andaba tras la pista de Dora Bruder y de sus padres. Estaban ya allí, en filigrana.

Intento encontrar indicios remontándome en el tiempo. Cuando tenía doce años y acompañaba a mi madre al mercado de las Pulgas había un judío polaco que vendía maletas, a la derecha, al principio de una hilera de casetas, casa Malik, casa Vernaison… Maletas lujosas, de cuero, de cocodrilo, y también de cartón, bolsas de viaje, baúles con etiquetas de compañías transatlánticas, apiladas unas encima de otras. Su caseta estaba al aire libre. Llevaba siempre un cigarrillo colgando de la comisura de los labios y una tarde me ofreció uno.

Fui alguna vez al cine, en el bulevar Ornano. Al Clignancourt Palace, al final del bulevar, al lado de El Surtidor Constante. Y al Ornano 43.

Más tarde supe que el Ornano 43 era un cine muy antiguo. Fue reformado en los años treinta al estilo barco. Volví a aquellos parajes en mayo de 1996. Unos almacenes han reemplazado al cine. Se atraviesa la calle Hermel y se llega ante el número 41 del bulevar Ornano, la dirección indicada en el anuncio de búsqueda de Dora Bruder.

Un edificio de cinco pisos de finales del XIX. Forma con el número 39 un bloque rodeado por el bulevar y la confluencia de las calles Hermel y Simplon; esta última pasa por detrás de los dos edificios. Ambos son parecidos. El número 39 lleva una inscripción con el nombre del arquitecto, un tal Richefeu, y la fecha de construcción: 1881. Lo mismo vale para el número 41.

Antes de la guerra y hasta principios de los años cincuenta, en el número 41 del bulevar Ornano se levantaba un hotel, así como en el 39, que se llamaba hotel Lion
D'Or.
También antes de la guerra había en dicho número un café-restaurante regentado por un tal Gazal. No he podido encontrar el nombre del hotel del número 41. A principios de los años cincuenta figura en esa dirección una Sociedad Hotel y Estudios Ornano, Montmartre
12-54.
Y también, como antes de la guerra, un café, cuyo dueño se llamaba Marchal. Ya no existe. ¿Ocupaba el lado derecho o el izquierdo de la puerta cochera?

Ésta se abre sobre un corredor bastante largo. Al fondo, la escalera se pierde hacia la derecha.

Lleva tiempo conseguir que salga a la luz lo que ha sido borrado. Quedan pistas en los registros pero se ignora dónde están escondidos y qué guardianes los vigilan y si querrán enseñárnoslos. O tal vez simplemente han olvidado que esos registros existen.

Basta un poco de paciencia.

Supe por fin que ya en 1937 y 1938 Dora Bruder y sus padres vivían en el hotel del bulevar Ornano. Ocupaban una habitación con cocina en el quinto piso, donde un balcón de hierro se extendía a lo largo de los dos edificios. Una docena de ventanas. Dos o tres daban al bulevar y las otras al final de la calle Hermel y, detrás, a la calle Simplon.

Aquel día de mayo en que volví al barrio, los postigos oxidados de las dos primeras ventanas del quinto piso que se abrían a la calle Simplon se encontraban cerrados, y en el balcón observé un montón de objetos en desorden que parecían abandonados allí desde hacía mucho tiempo.

En el curso de los dos o tres años que precedieron a la guerra, Dora Bruder debió de ser inscrita en alguna de las escuelas municipales del barrio. Escribí una carta al director de cada una de ellas preguntándoles si podían buscar su nombre en el registro:

Calle Ferdinand-Flocon, 8. Calle Hermel, 20.

Calle Championnet, 7. Calle Clignancourt, 61.

Me respondieron amablemente. Ninguno había encontrado ese nombre en la lista de alumnos de antes de la guerra. El director de la antigua escuela de niñas de la calle Championnet, 69, me proponía ir a consultar yo mismo el registro. Algún día iría. Pero vacilaba. Quería mantener la esperanza de que su nombre figuraba en ellos. Era la escuela más cercana a su domicilio.

Tardé cuatro años en descubrir su fecha exacta de nacimiento: el 25 de febrero de 1926. Y dos años más conocer su lugar de nacimiento: París,

distrito XII.
Pero soy paciente. Puedo esperar horas y horas bajo la lluvia.

Un viernes por la tarde, en febrero de 1996, fui al registro civil del ayuntamiento del distrito XII.
El encargado del servicio —un joven— me tendió una ficha para que la rellenase:

Petición en ventanilla.

- *Escriba su:*
  - ○ *Apellido Nombre Dirección*
- *Pido copia literal de la partida de nacimiento de:*
  - ○ *Apellido BRUDER Nombre DORA*
  - ○ *Fecha de nacimiento: 25 de febrero de 1926*
- *Marque si es:*
  - ○ *El padre o la madre*
  - ○ *El abuelo o la abuela*
  - ○ *El hijo o la hija*
  - ○ *El cónyuge o la cónyuge*
  - ○ *El representante legal*
  - ○ *Si tiene autorización más carnet de identidad del interesado(a)*
- *Sólo será extendida copia de la partida de nacimiento a dichas personas.*

Firmé la petición y se la tendí al encargado. Después de consultada me dijo que no podía darme la partida de nacimiento: no tenía ningún lazo de parentesco con aquella persona.

Por un momento pensé que era uno de esos centinelas del olvido encargados de velar por un secreto vergonzoso y de interceptar a quienes quisieran descubrir la menor traza de su existencia. Pero era eficiente. Me aconsejó pedir autorización al Palacio de Justicia, bulevar del Palacio, 2, sección 3.a del registro civil, planta 5a, escalera 5, oficina 501. De lunes a viernes, de 14 a 16 horas.

En el bulevar del Palacio, 2, me aprestaba a franquear la gran verja del patio principal cuando un ordenanza me indicó otra entrada, un poco más abajo: la que daba acceso a la Sainte-Chapelle. Una cola de turistas aguardaba y quise pasar directamente al porche, pero otro ordenanza, con un gesto brusco, me señaló que hiciera cola como los demás.

Al fondo del vestíbulo el reglamento exigía sacar todos los objetos metálicos de los bolsillos. Yo sólo llevaba un llavero. Tenía que dejarlo en una especie de alfombra rodante y recuperarlo al otro lado de un cristal, pero en un primer momento no entendí la maniobra. Por culpa de mis titubeos me gané la regañina de otro ordenanza. ¿Era un gendarme? ¿Un policía? ¿Debía entregarles, como cuando se entra en prisión, los cordones de mis zapatos, mi cinturón, mi portafolio?

Atravesé un patio, me introduje por un corredor y desemboqué en un *hall* muy amplio por donde circulaban hombres y mujeres con carteras negras y, algunos, con atuendo de abogado. No me atreví a preguntarles por dónde se accedía a la escalera 5.

Un bedel sentado detrás de una mesa me indicó el extremo del *hall*. Por allí entré a una sala desierta cuyas ventanas en voladizo dejaban ver un día grisáceo. Recorrí la sala de una punta a otra, pero no encontré la escalera 5. Me dominó entonces el pánico y el vértigo que se sienten en las pesadillas, cuando uno no puede llegar a la estación, el tiempo corre y sabe que va a perder el tren.

Veinte años atrás me había sucedido una aventura parecida. Me había enterado de que mi padre estaba hospitalizado en la Pitié-Salpetriere. No lo veía desde mi adolescencia. Decidí hacerle una visita por sorpresa.

Recuerdo haber deambulado durante horas a través de la inmensidad del hospital en su busca. Entraba en edificios muy antiguos, en salas comunes donde se alineaban camas y camas, preguntaba a las enfermeras, que me daban indicaciones contradictorias. Acabé por dudar de la existencia de mi padre pasando y volviendo a pasar delante de la majestuosa iglesia y los irreales edificios del lugar, intactos desde el siglo XVIII y que evocaban a Manon Lescaut y la época en que aquel lugar había servido como prisión de muchachas con el siniestro nombre de Hospital General, antes de deportarlas a la Luisiana. Recorrí patios adoquinados hasta que anocheció. Imposible hallar a mi padre. Nunca volví a verlo.

Pero acabé descubriendo la escalera 5. Subí los pisos. Una hilera de oficinas. Me indicaron la que tenía el número 501. Una mujer de cabellos cortos y aire indiferente me preguntó qué quería.

Con voz seca me explicó que para obtener aquella partida de nacimiento era preciso escribir al señor Procurador de la República, Parquet de Grandes Instancias de París, Quai des Orfevres, 14, 3.a sección B.

Al cabo de tres semanas recibí la respuesta.

El veinticinco de febrero de mil novecientos veintiséis, a las veintiuna horas y diez minutos, nació, en la calle Santerre, 15, Dora, de sexo femenino, hija de Ernest Bruder, nacido en Viena (Austria) el veintiuno de mayo de mil ochocientos noventa y nueve, peón, y de Cécile Burder, nacida en Budapest (Hungría), el diecisiete de abril de mil novecientos siete, sin profesión, su esposa, domiciliados en Sevran (Seine-et-Oise), avenida Liégeard, 2. Librado el veintisiete de febrero de mil novecientos veintiséis, a las quince treinta horas, según declaración de Gaspard Meyer, setenta y tres años, empleado y domiciliado en la calle Picpus, 76, habiendo asistido al alumbramiento, quien, después de leer este escrito, firmó con Nosotros, Auguste Guillaume Rosi, teniente de alcalde del distrito doce de París.

El número 15 de la calle Santerre corresponde al hospital Rothschild. En ese mismo servicio de maternidad habían nacido, por la misma época que Dora, muchos niños de familias judías pobres que acababan de emigrar a Francia. Al parecer, Ernest Bruder no pudo ausentarse de su trabajo para declarar a su hija personalmente el 25 de febrero de 1926, en el ayuntamiento del
distrito XII.
Quizá puedan encontrarse en algún registro datos sobre Gaspard Meyer, firmante de la partida de nacimiento. El número 76 de la calle Picpus, donde se hallaba «empleado y domiciliado», era la dirección del asilo de Rothschild para viejos e indigentes.

Ese invierno de 1926 la pista de Dora Bruder y sus padres se pierde en el suburbio nordeste, a orillas del canal del Ourcq. Algún día iré a Sevran, pero temo que las casas y las calles hayan cambiado de aspecto, como en todos los suburbios. He aquí los nombres de algunos establecimientos y de algunos habitantes de la calle Liégeard de aquellos tiempos: el Trianon de Freinville, que ocupaba el número 24. ¿Un café? ¿Un cine? En el 31 estaban las Caves de
I'Ille-de-France.
Un tal doctor Jorand vivía en el 9, un farmacéutico en el 30.

La calle Liégeard, donde habitaban los padres de Dora, formaba parte de una aglomeración urbana que se extendía por los municipios de Sevran, de Livry-Gargan y de Aulnay-sous-Bois, a la que se llamó Freinville. El barrio había nacido alrededor de la fábrica de frenos Westinghouse, instalada a principios de siglo. Un barrio obrero. Que en los años treinta había intentado conseguir la autonomía municipal sin conseguirlo. Y había continuado dependiendo de los municipios vecinos. Pero al menos tenía estación: Freinville.

Ernest Bruder, el padre de Dora, era sin duda peón en la fábrica de frenos Westinghouse en ese invierno de 1926.

Ernest Bruder. Nacido en Viena, Austria, el 21 de mayo de 1899. Debió de pasar su infancia en Leopoldstadt, el barrio judío de la ciudad. Sus padres seguramente eran oriundos de Galitzia, de Bohemia o de Moravia, procedentes, como la mayor parte de judíos de Viena, de las provincias orientales del Imperio austro-húngaro.

En 1965 cumplí veinte años en Viena, el mismo año en que frecuentaba el barrio de Clignancourt. Vivía en la Taubstummengasse, detrás de la iglesia de San Carlos. A veces había pernoctado en un hotel de mala muerte situado cerca de la estación del Oeste. Recuerdo las tardes de verano que pasé en Sievering y en Grinzing, y los parques donde solía tocar una orquesta. Y una casita de campo en medio de una especie de jardín obrero, junto a Heilingenstadt. Todo estaba cerrado esos sábados y domingos de julio, hasta el café Hawelka. La ciudad estaba desierta. Bajo el sol, el tranvía se deslizaba entre los barrios del noroeste hasta el parque de Putzleinsdorf.

Un día volveré a Viena, ciudad que no he vuelto a visitar desde hace más de treinta años. Quizá encuentre la partida de nacimiento de Ernest Bruder en el registro civil de la comunidad israelita de la ciudad. Me enteraré del nombre, el apellido, la profesión y el lugar de nacimiento de su padre, y el apellido y el nombre de soltera de su madre. Y dónde estaba su domicilio, en alguna parte del distrito segundo que bordea la estación del Norte, el Prater, el Danubio.

De niño y adolescente conoció la calle del Prater con sus cafés y su teatro, en el que actuaban los Budapester. Y el puente de Suecia. Y el patio de la Bolsa de Comercio, junto a la Taborstrasse. Y el mercado

de los Carmelitas.

En Viena, en 1919, sus veinte años fueron más duros que los míos. Tras las primeras derrotas del ejército austríaco, decenas de miles de refugiados que huían de Galitzia, de Bukovina, de Ucrania llegaron en oleadas sucesivas y se hacinaron en los cuchitriles de los alrededores de la estación del Norte. Una ciudad a la deriva, arrancada a un imperio que ya no existía. Ernest Bruder no debía de ser distinto de los parados que, en grupos, vagabundeaban por calles con tiendas cerradas.

¿Era tal vez de origen menos miserable que los refugiados del Este? ¿Hijo de un comerciante de la Taborstrasse? ¿Cómo saberlo?

En una pequeña ficha entre millares iguales, elaboradas una veintena de años después para organizar las redadas de la Ocupación y que se han conservado hasta hoy en el ministerio de Antiguos Combatientes, se indica que Ernest Bruder era «legionario francés de segunda clase». Se enroló, por tanto, en la Legión extranjera sin que yo pudiera precisar en qué fecha. ¿1919? ¿1920?

El alistamiento duraría cinco años. No hacía falta viajar a Francia, bastaba presentarse en un consulado francés. ¿Lo hizo Ernest Bruder en Austria? ¿O ya se encontraba en Francia en ese momento? En todo caso, es probable que lo enviaran, junto con otros alemanes y austríacos como él, a los cuarteles de Belfort o Nancy, donde no se les trataba con excesivos miramientos. También a Marsella y al fuerte de Saint-Jean, donde la acogida no era mucho más cálida. En seguida, la travesía: al parecer, el general Lyautey necesitaba treinta mil soldados en Marruecos.

Intento reconstruir el periplo de Ernest Bruder. Y la soldada que se cobraba en Sidi Bel Abbes. La mayor parte de los enrolados —alemanes, austríacos, rusos, rumanos, búlgaros— se encuentran en tal estado de miseria que están asombrados de que les proporcionen esa soldada. No se lo pueden creer. Se meten en seguida el dinero en el bolsillo como si alguien fuera a quitárselo. Luego viene el entrenamiento, las carreras en las dunas, las marchas interminables bajo el sol de plomo de Argelia. Los alistados de Europa central como Ernest Bruder soportan mal el entrenamiento: han estado subalimentados durante la adolescencia a causa del racionamiento de los cuatro años de guerra.

En seguida, los cuarteles de Meknes, de Fez o de Marraquech. Se les envía a operaciones de pacificación de los territorios sublevados de Marruecos.

Abril de 1920. Combate en Bekrit y en el Ras-Tarchao. Junio de 1921. Combate del batallón de la legión del comandante Lambert en el Djebel Hayane. Marzo de 1922. Combate del Djebel-ech-Cherg. Capitán Roth. Mayo de 1922. Combate del Tizi Adni. Batallón legionario Nicolas. Abril de 1923. Combate de Arbala. Combates de la mancha de Taza. Mayo de 1923. Intervenciones muy duras en Bab-Brida del Talrant, que los legionarios del comandante Naegelin ganan bajo un intenso fuego. En la noche del 26 el batallón Naegelin ocupa por sorpresa el macizo de Incherdit. Junio de 1923. Combate del Tadout. El batallón Naegelin se apodera de la cima. Los legionarios plantan el pabellón tricolor en una gran casbah, al son de los clarines. Combate de la Oued Athia, durante el cual el batallón Barriere tiene que cargar dos veces a la bayoneta. El batallón Buchsenschutz se apodera de los reductos del pico sur del Bou-Khamouj. Combate de la depresión de Elmers. Julio de 1923. Combate de la planicie de Immouzer. Batallón Cattin. Batallón Buchsenschutz. Batallón Susini y Jenoudet. Agosto de 1923. Combate del Oued Tamghilt.

Por la noche, en aquel paisaje de arena y guijarrales, ¿soñaba él con Viena, su ciudad natal, con los castaños de la Hauptallee? La ficha de Ernest Bruder, «legionario francés de segunda clase», indica también: «mutilado de guerra al ciento por ciento». ¿En qué combate fue herido?

A los veinticinco años vuelve a pisar el suelo de París.

Debió de ser liberado de su alistamiento en la Legión a causa de su herida. Supongo que no habló de ello con nadie. Y además a nadie le interesaría. Y estoy seguro de que no cobró pensión de invalidez. No le concedieron la nacionalidad francesa. La única vez que leí que se aludía a sus heridas de guerra fue en una de las fichas de la policía que sirvieron para las redadas que se efectuaron durante la Ocupación.

En 1924 Ernest Bruder se casó con una joven de diecisiete años, Cécile Burder, nacida en abril de 1907 en Budapest. No sé dónde tuvo lugar ese matrimonio e ignoro el nombre de los testigos. ¿En qué circunstancias se conocieron? Cécile Burder había llegado a París el año anterior procedente de Budapest, en compañía de sus padres, sus cuatro hermanas y un hermano. Una familia judía originaria de Rusia que se había establecido en Budapest a principios de siglo.

Al finalizar la primera guerra mundial, la vida era tan dura en Budapest como en Viena y les fue preciso continuar huyendo hacia el oeste. Habían ido a parar a París, al asilo israelita de la calle Lamarck. El mismo mes de su llegada, tres de las chicas, de catorce, doce y diez años, murieron de fiebre tifoidea.

¿Vivían ya Cécile y Ernest Bruder al casarse en la calle Liégeard de Sevran? ¿O bien se alojaban en la habitación de un hotel en París? Durante los años que siguieron a su matrimonio, y después del nacimiento

de Dora, vivieron siempre en habitaciones de hotel.

Son seres que dejan pocas huellas tras de sí. Personas casi anónimas. Nunca se alejan de ciertas calles de París, de ciertos paisajes de suburbio donde descubrí, por casualidad, que habían vivido. Lo que se sabe de ellas se resume en una simple dirección. Y esta precisión topográfica contrasta con todo lo que se ignorará para siempre de su vida… ese vacío, ese bloque de desconocimiento y silencio.

Encontré a una sobrina de Ernest y de Cécile Bruder. Hablé con ella por teléfono. Los únicos recuerdos que guarda son recuerdos de infancia, desenfocados y precisos a un tiempo. Rememora la amabilidad y la dulzura de su tío. Ella es quien me aporta algunos detalles sobre su familia que anoto. Había oído comentar que antes de instalarse en el hotel del bulevar Ornano, Ernest, Cécile y su hija Dora habían vivido en otro hotel. En una calle que daba a la calle Poissonniers. Miro el plano, le cito las calles una por una. Sí, era la calle Polonceau. Pero nunca había oído hablar de Sevran, ni de Freinville ni de la fábrica Westinghouse.

Dicen que los lugares conservan por lo menos cierta huella de las personas que los han habitado. Huella: marca en hueco o en relieve. Para Ernest, Cécile y Dora, yo diría: en hueco. Me embargaba una sensación de ausencia y de vacío cada vez que me encontraba en un lugar donde habían morado.

Dos hoteles, en esa época, en la calle Polonceau: uno, en el número 49, regentado por un tal Rouquette. En la guía figuraba como hotel Vino. El segundo, en el número 32, pertenecía a un tal Charles Campazzi.

Esos hoteles no tenían nombre. Hoy ya no existen.

Hacia 1968 yo solía recorrer los bulevares hasta llegar a los arcos del metro elevado. Empezaba en la plaza Blanche. En diciembre las barracas de feria ocupaban la explanada. Las luces decrecían a medida que uno se acercaba al bulevar de la Chapelle. Todavía no sabía nada de Dora Bruder y su familia. Recuerdo que experimentaba una extraña sensación recorriendo el muro del hospital Lariboisiere, y luego al pasar bajo la vía férrea, como si hubiera penetrado en la zona más oscura de París. Pero era simplemente el contraste entre las luces demasiado vivas del bulevar Clichy y el muro negro, interminable, la penumbra bajo los arcos del metro…

En mi recuerdo el barrio de la Chapelle se me aparece aún hoy en líneas de fuga a causa de las vías férreas, de la proximidad de la estación del Norte, del estrépito de los vagones de metro que pasaban muy rápido por encima de mi cabeza… Era improbable que alguien se estableciera allí durante mucho tiempo. Una encrucijada en la que cada cual partía por su lado hacia los cuatro puntos cardinales.

Y, sin embargo, he localizado la dirección de las escuelas del barrio donde encontraré, tal vez, en sus registros, el nombre de Dora Bruder, si es que esas escuelas existen todavía:

Parvulario: calle Saint-Luc, 3.

Escuelas primarias municipales de niñas: calle Cavé, 11; calle de Poissonniers, 43, esquina al callejón de Orán.

Y transcurrió el tiempo, puerta de Clignancourt, hasta la guerra. No sé qué fue de ellos durante esos años. ¿Trabajaba ya Cécile Bruder como «obrera peletera» o como «obrera asalariada de la confección», como consta en sus fichas? Según su sobrina, estaba empleada en un taller, cerca de la calle Ruisseau, pero no estaba segura. ¿Seguía siendo Ernest Bruder peón, no en la Westinghouse, sino en alguna otra parte en otra barriada? ¿O también él encontró trabajo en algún taller de confección de París? En la ficha que le hicieron durante la Ocupación y donde he leído «mutilado de guerra al ciento por ciento; legionario francés de segunda clase», está escrito al lado de la palabra profesión: «No tiene».

Algunas fotografías de esa época. La más antigua, el día de su boda. Los cónyuges están sentados, acodados a una especie de velador. Ella se ve envuelta en un gran velo blanco que parece anudado al lado izquierdo de su cara y cae hasta el suelo. Él viste traje y lleva una pajarita blanca. Una foto con su hija Dora. Se hallan sentados, Dora de pie entre ellos: no cuenta más de dos años. Otra foto de Dora, tomada seguramente con ocasión de una entrega de premios. Tiene más o menos doce años, y lleva un vestido blanco y calcetines blancos cortos. Sostiene un libro en la mano derecha. Los cabellos rodeados por una coronita que parece de flores blancas. Apoya la mano izquierda en el borde de un gran cubo blanco adornado con motivos geométricos negros; el cubo debe de formar parte del decorado. Otra foto, captada en el mismo lugar, en la misma época y quizá el mismo día: se reconoce el embaldosado y el gran cubo blanco con motivos geométricos, sobre el que se halla sentada Cécile Bruder. Dora está de pie a su izquierda con un vestido con cuellecito, el brazo izquierdo doblado delante de ella a fin de apoyar la mano en el hombro de su madre. Otra foto de Dora y su madre: la niña ya tiene unos doce años y luce los cabellos más cortos que en la foto precedente. Ambas están de pie delante de lo que parece un viejo muro pero que debe de tratarse del panel del fotógrafo. Las dos visten un traje negro con cuello blanco. Dora está un poco delante de su madre y a su derecha. Una foto de forma ovalada en la que Dora ya es un poco mayor —trece o catorce años, los cabellos más largos— y en la que están los tres como en fila india pero con la cara vuelta

hacia el objetivo: primero Dora y su madre, las dos con vestido camisero blanco, y luego Ernest Bruder, en traje y corbata. Una foto de Cécile ante lo que parece un chalet de las afueras. En primer plano, a la izquierda, se aprecia el muro cubierto por la hiedra. Se encuentra sentada en el borde de tres escalones de cemento. Viste un traje claro de verano. Al fondo, la silueta de un niño, de espaldas, brazos y piernas desnudos, en jersey negro o en traje de baño. ¿Dora? Y la fachada de otro chalet detrás de una cerca de madera, con un porche y una sola ventana en el primer piso. ¿Qué lugar podía ser aquél?

Una foto de Dora sola, a los nueve o diez años. Diríase que está en un tejado, justo bajo un rayo de sol, y la sombra alrededor. Lleva bata y calcetines cortos blancos, apoya el brazo en la cadera y el pie derecho en el borde de cemento de lo que podría ser una gran jaula o una gran pajarera, pero no se distinguen, a causa de la sombra, los animales encerrados en ella. Las sombras y las manchas de sol son las de un día de verano.

Hubo otros días de verano en el barrio de Clignancourt. Sus padres llevaban a Dora al cine Ornano 43. Bastaba cruzar la calle. ¿O tal vez iba sola? Desde muy joven, según su prima, había sido rebelde, independiente, inquieta. La habitación del hotel era demasiado exigua para que pudieran convivir tres personas.

De pequeña debió de jugar en el parque Clignancourt. El barrio, en algunos momentos, parecía un pueblo. Al anochecer, los vecinos sacaban sillas a la calle y charlaban. Iban a beber limonada a la terraza de algún café. A veces, unos hombres, que no se sabía si eran cabreros o feriantes, pasaban con cabras y vendían grandes vasos de leche por diez perras chicas. La espuma te dejaba un bigote blanco.

En la puerta de Clignancourt, el edificio y la barrera del fielato. A la izquierda, entre los bloques de pisos del bulevar Ney y el mercado de las Pulgas, se extendía todo un barrio de barracas, de hangares, de acacias y de casas bajas que ha sido derribado. Cuando yo contaba catorce años, ese solar me había impresionado. He creído reconocerlo en dos o tres fotos, tomadas en invierno: una especie de explanada por la que se ve pasar el autobús. Se aprecia también un camión parado, se diría que para siempre. Un campo de nieve, en el extremo del cual una caravana y un caballo negro parecen aguardar. Y, al fondo, la masa brumosa de los bloques de pisos.

Recuerdo que la primera vez que lo vi experimenté el vacío que se siente ante lo que ha sido destruido, arrasado. No sabía aún de la existencia de Dora Bruder. Tal vez —estoy seguro— ella se había paseado por allí, en esa zona que me hace rememorar citas de amor secretas, grises felicidades perdidas. Aún flotaban en el lugar recuerdos campestres: las calles se llamaban alameda del Pozo, alameda del Metro, alameda de los Chopos, callejón de los Perros.

El 9 de mayo de 1940, Dora Bruder, a los catorce años, es matriculada en un internado religioso, de la obra del Sagrado Corazón de María, que dirigen las Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia, en los números 60 y 62 de la calle Picpus, en el
distrito XII.

El registro del internado lleva las anotaciones siguientes:

- *Apellido y nombre: Bruder, Dora.*
- *Fecha y lugar de nacimiento: 25 de febrero de 1926, París, distrito XII,*
- *hija de Ernest y de Cécile Burder, padre y madre.*
- *Situación familiar: hija legítima.*
- *Fecha y condiciones de admisión: 9 de mayo de 1940*
- *Pensión completa*
- *Fecha y motivo de salida: 14 de diciembre de 1941. Por fuga.*

¿Por qué sus padres decidieron matricularla en este internado? Sin duda porque era difícil continuar viviendo tres personas en una sola habitación de hotel. Me pregunto también si Ernest y Cécile Bruder no estarían bajo la amenaza de una medida de internamiento en calidad de «súbditos del Reich» y de «exaustríacos», pues desde 1938 Austria había entrado a formar parte del Reich y dejado de existir.

En el otoño de 1939 los súbditos del Reich y los exaustríacos de sexo masculino habían sido internados en campos de concentración. Habían sido catalogados en dos categorías: sospechosos y no sospechosos. Los no sospechosos habían sido reunidos en el estadio Yves-du-Manoir, en Colombes. Luego, en diciembre, los habían reunido con otros grupos llamados «de prestatarios extranjeros». ¿Había formado parte Ernest Bruder de esos grupos de prestatarios?

El 13 de mayo de 1940, cuatro días después de la llegada de Dora al pensionado del Sagrado Corazón de María, a las mujeres súbditas del Reich y exaustríacas les había llegado el turno de ser convocadas al velódromo de invierno y de ser internadas durante trece días. Luego, al acercarse las tropas alemanas,

habían sido trasladadas al campo de Gurs, en los Bajos Pirineos. ¿Había sido convocada también Cécile Bruder?

Te clasifican en extrañas categorías de las que nunca has oído hablar y que no corresponden a lo que realmente eres. Te convocan. Te internan. Y querrías saber por qué.

Me pregunto gracias a qué casualidad Cécile y Ernest Bruder supieron de la existencia del pensionado del Sagrado Corazón de María. ¿Quién les aconsejó matricular a Dora?

Supongo que a los catorce años Dora ya habría dado muestras de independencia, y que el carácter inconformista al que se había referido su prima seguramente ya se habría manifestado. Sus padres juzgaron que necesitaba disciplina. Unos judíos como ellos habían escogido una institución cristiana. ¿Serían practicantes? ¿Podían escoger? Las alumnas del pensionado eran chicas de origen modesto y puede leerse en la nota biográfica de la superiora del establecimiento, en la época en que Dora estaba interna: «Niñas sin familia o casos sociales graves, por las que Cristo ha manifestado siempre su predilección». Y en un folleto consagrado a las Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia: «La fundación del Sagrado Corazón de María estaba llamada a rendir eminentes servicios a las niñas y jóvenes de familias desheredadas de la capital».

La enseñanza comprendía disciplinas que desbordaban las meras labores domésticas y la costura. Las Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia, cuya casa madre era la antigua abadía de Saint-Saveurle-Vicomte, en Normandía, habían fundado la obra del Sagrado Corazón de María en 1852, en la calle Picpus, en calidad de internado profesional para quinientas jóvenes hijas de obreros, con setenta y cinco religiosas.

En el momento del desastre de junio de 1940, las alumnas de las monjas abandonan París y se refugian en Maine-et-Loire. Dora debió de partir con ellas en los últimos trenes abarrotados que aún podían cogerse en la estación de Orsay o de Austerlitz. Habían seguido el largo cortejo de refugiados por las rutas que descendían hacia el Loira.

Regreso a París en julio. Vida de internado. Ignoro qué uniforme llevaban las pensionistas. ¿Simplemente la vestimenta señalada en el anuncio de búsqueda de Dora, en diciembre de 1941: pullover burdeos, falda azul marino, zapatos sport marrón? ¿Y una bata por encima? Adivino más o menos los horarios cotidianos. Levantarse hacia las seis de la mañana. Capilla. Clase. Recreo. Refectorio. Clase. Capilla. Dormitorio. Salida los domingos. Supongo que la vida entre esos muros era dura para aquellas chicas por las que Cristo había manifestado siempre su predilección.

Según pude averiguar, las Hermanas de las Escuelas Cristianas de la calle Picpus habían organizado una colonia de vacaciones en Béthisy. ¿Sería en Béthisy-Saint-Martin o en Béthisy-Saint-Pierre? Los dos pueblos están en el distrito de Senlis, en el Valois. Es posible que Dora Bruder pasase algunos días con sus compañeras en el verano de 1941.

Los edificios que albergaban la obra del Sagrado Corazón de María ya no existen. En su emplazamiento se han edificado bloques de pisos que hacen pensar que el pensionado ocupaba un amplio terreno. No tengo ninguna fotografía del antiguo internado. En un viejo plano de París se lee en el lugar que ocupaba: «Casa de educación religiosa». Se ven cuatro rectángulos y una cruz representando los edificios y la capilla del pensionado. Alrededor del terreno, una franja estrecha y marcada que va desde la calle Picpus a la calle Reuilly.

En el plano, frente al pensionado y al otro lado de la calle Picpus, se suceden la congregación de la Madre de Dios, las Damas de la Adoración y el Oratorio de Picpus, con el cementerio donde están enterradas, en una fosa común, más de mil víctimas guillotinadas durante los últimos meses del Terror. En la misma acera que el pensionado, y casi medianero con éste, el gran terreno de las Damas de Santa Clotilde. Luego las Damas Diaconesas, donde estuve interno a los dieciocho años. Recuerdo el jardín de las Diaconesas. En esa época ignoraba que el establecimiento hubiera servido para la reeducación de chicas. Un poco como el Sagrado Corazón de María. Un poco como el Buen Pastor. Estos lugares, donde te encerraban sin que supieses si saldrías algún día, llevaban nombres decididamente extraños:

Buen Pastor de Angers, Refugio de Darnetal, Hospicio Santa Magdalena de Limoges, Soledad de Nazaret.

Soledad.

El Sagrado Corazón de María, números 60 y 62 de la calle Picpus, estaba situado en la esquina de esa calle con la de Estación de Reuilly. Ésta, en la época en que Dora se encontraba interna, aún tenía cierto aire rural. En el lado de los impares se alzaba un alto muro sombreado por los árboles del colegio.

Los escasos detalles que he podido reunir sobre esos lugares, tal como Dora pudo verlos a diario durante cerca de un año y medio, son los siguientes: el gran jardín bordeaba la calle Estación de Reuilly y un patio de los edificios del colegio debía de separarlo en dos mitades. En dicho patio, bajo unas rocas que imitaban

una gruta, había sido cavado el panteón de los miembros de la familia De Madre, benefactora del pensionado.

Ignoro si Dora Bruder hizo alguna amistad en el pensionado del Sagrado Corazón de María. O si se mantenía apartada de las demás internas. Hasta que no recabe el testimonio de alguna de sus antiguas compañeras deberé limitarme a la mera suposición. Tiene que existir en París, o en algún lugar del barrio, una mujer de alrededor de setenta años que se acuerde de su compañera de clase o de dormitorio, de esa chica que se llamaba Dora, 15 años, 1,55 m, rostro ovalado, ojos gris marrón, abrigo sport gris, pullover burdeos, falda y sombrero azul marino, zapatos sport marrón.

Mientras escribo este libro lanzo llamadas como señales de faro, aunque desgraciadamente no confío en que puedan iluminar la noche. Pero mantengo siempre la esperanza.

La superiora del Sagrado Corazón de María de aquel entonces se llamaba Marie-Jean-Baptiste. Había nacido, según informaba la nota biográfica, en 1903. Tras su noviciado había sido enviada a París, a la casa del Sagrado Corazón de María, donde permaneció diecisiete años, de 1929 a 1946. Aún no cumplía los cuarenta años cuando Dora Bruder ingresó en el internado.

Era —siempre según la nota— «independiente y generosa» y dotada de «una fuerte personalidad». Murió en 1985, tres años antes de que yo conociera la existencia de Dora Bruder. Sin duda se acordaba de la joven aunque sólo fuera por su fuga. Pero, al fin y al cabo, ¿qué habría podido descubrirme? ¿Algunos detalles, algunos menudos hechos cotidianos? Por perspicaz que fuese, nunca adivinó lo que pasaba por la cabeza de Dora Bruder, ni cómo vivía su vida de pensionista ni el modo como ella veía cada mañana y cada tarde la capilla, las falsas rocas del patio, el muro del jardín, la hilera de camas del dormitorio.

Encontré a una mujer que en 1942 había estado en el pensionado, algunos meses después de que Dora se fugase. Era menor que Dora: y tenía entonces unos diez años. Y el recuerdo que guardaba del Sagrado Corazón no era más que un recuerdo de infancia. Vivía sola con su madre, una judía de origen polaco, en la calle Chartres, en el barrio de la
Goutte-d'Or,
a pocos pasos de la calle Polonceau, donde habían morado Cécile, Ernest y Dora. Para no morirse de hambre, la madre trabajaba de noche en un taller donde se confeccionaban manoplas para la Wehrmacht. La niña acudía a la escuela de la calle Jean-François-Lépine. A fines de 1942 la maestra había aconsejado a la madre ocultarla a causa de las redadas, y sin duda ella le había proporcionado la dirección del Sagrado Corazón de María.

La habían inscrito con el nombre de «Suzanne Albert» para disimular sus orígenes. Pronto cayó enferma. La mandaron a la enfermería. Allí había un médico. Como no quería comer, la devolvieron a casa al cabo de un cierto tiempo.

Recuerda que todo en el pensionado era sombrío y oscuro: los muros, las aulas, la enfermería, todo salvo las tocas de las monjas. Se parecía más bien a un orfelinato. Una disciplina de hierro. Nada de calefacción. No comían más que colinabos. Las alumnas rezaban «a las seis», pero olvidé preguntarle si se refería a las seis de la mañana o de la tarde.

Dora pasó el verano de 1940 en el internado de la calle Picpus. Sin duda visitaba los domingos a sus padres, que vivían aún en el hotel del bulevar Ornano. Observo el plano del metro e intento imaginar el trayecto que seguía. Para evitar trasbordos lo más sencillo era coger el metro en Nation, que estaba bastante cerca del pensionado. Cambio en Strasbourg-Saint-Denis. Dirección Puerta de Clignancourt. Bajaba en Simplon, justo enfrente del cine y del hotel.

Veinte años después yo cogía a menudo el metro en Simplon. Siempre hacia las diez de la noche. A esa hora la estación estaba desierta y el tren circulaba con largos intervalos.

Ella debía de seguir el mismo camino al regreso, el domingo por la tarde. ¿La acompañaban sus padres? Desde Nation había que andar y lo más corto era llegar a la calle Picpus por la calle
Fabre-d'Églantine.

Era como volver a la cárcel. Los días se acortaban. Era ya de noche cuando atravesaba el patio ante las falsas rocas del monumento funerario. Una sola bombilla iluminaba la escalinata, que se elevaba sobre la entrada. Recorría los pasillos. La capilla, para la Salve del domingo por la tarde. Luego, en fila, en silencio, hasta el dormitorio.

Llegó el otoño. El 2 de octubre los diarios parisinos publicaron la orden según la cual los judíos tenían que censarse en las comisarías. La declaración del cabeza de familia era válida para toda la familia. A fin de evitar una espera demasiado prolongada, se rogaba a los interesados presentarse en la fecha indicada en el tablón según la inicial del apellido…

A la letra B le correspondía el 4 de octubre. Ese día Ernest Bruder fue a rellenar el formulario en la

comisaría de Clignancourt. Pero no declaró a su hija. A todos los que se censaban se les asignaba un número de registro que, más tarde, constaría en su «fichero familiar». Se le llamaba «número de dossier judío».

Ernest y Cécile Bruder tenían el número de dossier judío 49091. Pero Dora no tenía número alguno.

Tal vez Ernest Bruder pensó que en el internado Dora se hallaba a salvo, en zona franca, y que no había que llamar la atención sobre ella. Y que para Dora, con catorce años, el calificativo de «judío» no quería decir nada. En el fondo, ¿qué es lo que se entendía por «judío»? Él ni siquiera se planteaba la cuestión. Estaba acostumbrado a que la administración lo clasificase en diferentes categorías y lo aceptaba sin discutir. Peón. Ex austríaco. Legionario francés. No sospechoso. Mutilado al ciento por ciento. Prestatario extranjero. Judío. Y también su mujer Cécile. Ex austríaca. No sospechosa. Obrera peletera. Judía. Sólo Dora escapaba de momento a las clasificaciones y al número de dossier 49091.

Quién sabe si ella no hubiera podido escapar hasta el fin. Bastaba permanecer entre los muros sombríos del pensionado y confundirse con ellos; y respetar escrupulosamente el ritmo de los días y de las noches sin hacerse notar. Dormitorio. Capilla. Refectorio. Patio. Clase. Capilla. Dormitorio.

El azar quiso —fue realmente el azar— que el internado estuviera ubicado a pocas decenas de metros del lugar donde ella había nacido, enfrente, en la otra acera. Calle Santerre, 15. Maternidad del hospital Rothschild. La calle Santerre se hallaba al final de la calle Estación de Reuilly y del muro del pensionado.

Un barrio tranquilo, sombreado por los árboles.

No había cambiado cuando, hace veinticinco años, en el mes de junio de 1971, estuve un día entero paseando por él. En varias ocasiones, un chaparrón me había obligado a cobijarme en un portal. Esa tarde, sin saber por qué, había tenido la impresión de que andaba tras la pista de alguien.

A partir del verano del 42 la zona que rodeaba al Sagrado Corazón de María se volvió particularmente peligrosa. Las redadas se sucedieron durante dos años, en el hospital Rothschild, en el orfelinato del mismo nombre, en la calle Lamblardie, en el asilo de la calle Picpus, donde estaba empleado y vivía Gaspard Meyer, que había firmado la partida de nacimiento de Dora. El hospital Rothschild era una ratonera a la que se enviaba a los enfermos del campo de concentración de Drancy para devolverlos al mismo campo algún tiempo más tarde, según la voluntad de los alemanes, que vigilaban el número 15 de la calle Santerre ayudados por miembros de una agencia de policía privada, la Faralicq. Niños y adolescentes de la edad de Dora habían sido detenidos, en gran número, en el orfelinato Rothschild donde se ocultaban, en la calle Lamblardie, la primera a la derecha después de la calle Estación de Reuilly. Y en ésta, justo enfrente del muro del colegio, en el 48 bis, habían sido detenidos nueve chicos y chicas de la edad de Dora, algunos más jóvenes, junto con su familia. Sí, el único enclave que se hallaba a salvo era el jardín del pensionado del Sagrado Corazón de María. Pero a condición de no salir, de permanecer olvidado, al resguardo de sus sombríos muros, inmersos ellos mismos en el toque de queda.

Escribí estas páginas en noviembre de 1996. Los días son lluviosos. Mañana entraremos en el mes de diciembre y habrán pasado cincuenta y cinco años desde la fuga de Dora. La noche cae pronto y es preferible: borra el tono gris y la monotonía de estos días de lluvia en los que uno se pregunta si existe verdaderamente el día o si se trata más bien de un estado intermedio, una suerte de eclipse sombrío, que se prolonga hasta primeras horas de la tarde. Entonces, las farolas, los escaparates, los cafés se iluminan, el aire de la noche es más vivo, el contorno de las cosas es más preciso, hay embotellamientos en los cruces, la gente se apresura en las calles y en medio de todas esas luces y de esa agitación, me cuesta creer que me encuentro en la misma ciudad donde residían Dora Bruder y sus padres, y también mi padre, cuando tenía veinte años menos de los que yo cuento ahora. Tengo la impresión de ser el único en establecer el vínculo entre el París de aquel tiempo y el de hoy, el único que se acuerda de todas esas minucias. En algunos momentos, el vínculo se adelgaza y está a punto de romperse; pero algunas noches la ciudad de ayer se me aparece con reflejos furtivos detrás de la de hoy.

Releo los libros quinto y sexto de la segunda parte de *Los miserables*. Victor Hugo describe la travesía nocturna de París que hacen el expresidiario Jean Valjean y la pequeña Cosette, acosados por Javert, desde el barrio de la barrera de Saint-Jacques hasta el Pequeño Picpus. Se puede seguir en el plano una parte de su itinerario. Se acercan al Sena. Cosette comienza a sentirse fatigada. Jean Valjean la coge en brazos. Rodean el Jardín Botánico por las calles bajas, llegan al muelle. Atraviesan el puente de Austerlitz. Apenas Jean Valjean pone el pie en la orilla derecha, cree ver sombras que se introducen en el puente. Y piensa que la única manera de escapar de ellas es huir por la callejuela del Camino verde de San Antonio. Y, de repente, se experimenta una sensación de vértigo, como si Cosette y Jean Valjean, para escapar de Javert y sus policías, flotasen en el vacío: hasta ese momento habían recorrido las verdaderas calles del París real, pero bruscamente son proyectados a un barrio de un París imaginario que Victor Hugo llama Pequeño Picpus. Esa sensación de extrañeza es la misma que nos invade cuando caminamos en sueños por un barrio

desconocido. Al despertar nos vamos dando cuenta poco a poco de que las calles de ese barrio son idénticas a las que nos son familiares durante el día.

Y he aquí lo que me turba: al final de su huida a través de ese barrio, cuya topografía y cuyas calles Victor Hugo inventa, Cosette y Jean Valjean escapan por los pelos a sus perseguidores descolgándose por un alto muro. Se encuentran entonces en «un jardín muy vasto y de aspecto singular: uno de esos tristes jardines que parecen existir para ser contemplados una noche de invierno». Es el jardín de un convento, en el que el hombre y la niña se esconden y que Victor Hugo sitúa exactamente en el número 62 de la calle Picpus, las mismas señas del internado del Sagrado Corazón de María donde se hallaba Dora Bruder.

«En la época en que sucedía esta historia —escribe Hugo— existía un pensionado junto al convento […] Las jóvenes […] iban vestidas de azul con sombrero blanco […] En ese recinto del Pequeño Picpus había tres edificios claramente separados, el gran convento que albergaba a las monjas, el colegio en el que estaban las alumnas, y el que llamaban "convento pequeño", donde vivían en común todas las religiosas de varias órdenes, restos de los claustros destruidos por la revolución».

Y, después de realizar una descripción minuciosa del lugar, añade: «No hemos podido pasar delante de esa morada extraordinaria, desconocida, oscura, sin entrar y hacer entrar a los que nos acompañan y nos oyen hoy referir, tal vez con provecho para algunos, la melancólica historia de Jean Valjean».

Como muchos antes que yo, creo en las coincidencias y a veces también en el don de clarividencia de los novelistas (la palabra «don» no es exacta porque sugiere una especie de superioridad; no, eso forma parte del oficio: el esfuerzo de imaginación imprescindible en la profesión, la necesidad de fijar la atención en los pequeños detalles —y eso de manera obsesiva— para no perder el hilo y dejarse llevar por la pereza, toda esa tensión, esa gimnasia cerebral pueden sin duda provocar a la larga fugaces intuiciones «concernientes a sucesos pasados y futuros», como dice el diccionario Larousse en la entrada «Clarividencia»).

En diciembre de 1988, tras haber leído el anuncio de búsqueda de Dora Bruder, en el *Paris-Soir* de diciembre de 1941, no pude dejar de pensar en ello durante meses. La extrema precisión de algunos detalles me obsesionaba: bulevar Ornano, 41, 1,55 m, rostro ovalado, ojos gris marrón, abrigo azul marino, pullover burdeos, falda y sombrero azul marino, zapatos sport marrón. Y la noche, lo desconocido, el olvido, la nada alrededor. Me parecía que jamás lograría encontrar la menor huella de Dora Bruder. Entonces, la frustración que experimentaba me impulsó a escribir una novela, *Viaje de novios*, una manera como otra cualquiera de seguir concentrando mi atención en Dora Bruder, y quizá, me decía a mí mismo, de dilucidar o adivinar alguna cosa suya, algún lugar por donde había pasado, algún detalle de su vida. Lo ignoraba todo sobre sus padres y las circunstancias de su fuga. Lo único que sabía era esto: había visto su nombre, DORA BRUDER —sin otra mención, ni fecha ni lugar de nacimiento— encima del de su padre ERNEST BRUDER, 21.5.99. *Viena. Apátrida*, en 21.5.99. *Viena. Apátrida*, en la lista de quienes viajaban en el convoy que partía en dirección a Auschwitz el 18 de septiembre de 1942.

Mientras escribía esta novela pensaba en ciertas mujeres que había conocido en los años sesenta: Anne B., Bella D. —de la misma edad que Dora, una de ellas nacida con un mes de diferencia— y que durante la Ocupación habían estado en la misma situación que ella y hubieran podido correr la misma suerte, y que, sin duda, se parecían a ella. Me doy cuenta de que me ha hecho falta escribir doscientas páginas para captar, inconscientemente, un vago reflejo de la realidad.

Que puede expresarse en estas breves palabras: «El metro se paró en Nation. Rigaud e Ingrid habían dejado pasar la estación de Bastilla, donde habrían podido hacer trasbordo en la Porte Dorée. A la salida del metro fueron a parar a un gran campo nevado […] El trineo enfila por pequeñas calles hasta llegar al bulevar Soult».

Esas callejuelas están cerca de la calle Picpus y del pensionado del Sagrado Corazón de María, de donde Dora Bruder se fugaría una tarde de diciembre durante la cual quizá había nevado en París.

En ese momento del relato me acerqué, sin saberlo, a ella, en el espacio y en el tiempo.

Puede leerse en el registro del internado, bajo el nombre de Dora Bruder y de la anotación «fecha y motivo de salida»: «14 de diciembre de 1941. Por fuga».

Era domingo. Supongo que aprovechó el día de salida para visitar a sus padres en el bulevar Ornano. Por la tarde no regresó al pensionado.

El último mes del año fue el período más ominoso, el más asfixiante que París había conocido desde el inicio de la Ocupación. Del 8 al 14 de diciembre de 1941 los alemanes decretaron el toque de queda a partir de las seis de la tarde en represalia por dos atentados. Luego hubo una redada de setecientos judíos franceses el 12 de diciembre; el 15 de diciembre se les impuso una multa de mil millones de francos.

Y la mañana del mismo día fueron fusilados setenta rehenes en el monte Valérien. El 10 de diciembre una orden del prefecto de policía instaba a los judíos franceses y extranjeros del distrito del Sena a

someterse a un «control periódico», previa presentación de su carnet de identidad, en el que se había impreso el sello de «judío» o «judía». Los cambios de domicilio debían ser declarados en la comisaría en las siguientes veinticuatro horas; y les estaba prohibido desplazarse fuera del distrito del Sena.

Desde el primero de diciembre los alemanes habían impuesto el toque de queda en el
distrito XVIII.
Nadie podía entrar después de las seis de la tarde. Todas las estaciones de metro estaban cerradas, incluida la de Simplon, la correspondiente al domicilio de Ernest y Cécile Bruder. En la calle Championnet, muy cerca del hotel, había tenido lugar un atentado con bombas.

El toque de queda del
distrito XVIII
duró tres días.

Apenas levantado, los alemanes ordenaron otro en todo el
distrito X,
luego que unos desconocidos le dispararan a un oficial de las autoridades de ocupación en el bulevar Magenta. Después se dictó toque de queda general, desde el 8 al 14 de diciembre, el domingo en que Dora se fugó.

Alrededor del pensionado del Sagrado Corazón de María la ciudad se iba convirtiendo en una gran prisión oscura en la que los barrios apagaban su iluminación uno después de otro. Mientras Dora residió tras los muros de la calle Picpus, sus padres vivieron confinados en su habitación de hotel.

Su padre no la había declarado como «judía» en octubre de 1940 y carecía de «número de dossier». No obstante, el bando publicado el 10 de diciembre por la Prefectura, relativo al control de judíos, precisaba que «los cambios acaecidos en la situación familiar deben ser declarados». Dudo que el padre de Dora tuviera el tiempo y las ganas de registrarla antes de su fuga. Debía de pensar que la Prefectura no sospecharía jamás de la existencia de la joven en el Sagrado Corazón de María.

¿Qué es lo que nos incita a emprender la fuga? Recuerdo mi huida el 18 de enero de 1960, en una época menos siniestra que ese diciembre de 1941. En mi fuga, a través de los hangares del aeródromo de Villacoublay, el único punto en común con la huida de Dora era la estación del año: el invierno. Invierno apacible, invierno rutinario, sin comparación con el que se vivía dieciocho años antes. Sin embargo, da la impresión de que lo que nos impulsa repentinamente a fugarnos es un día de frío y un cielo gris que nos hacen sentir más intensamente la soledad y presentir con más fuerza que una tenaza se cierra.

El domingo 14 de diciembre fue el primer día en que se levantó el toque de queda impuesto desde hacía una semana. Ya se podía circular por la calle después de las seis de la tarde. Pero a causa del horario impuesto por las fuerzas de ocupación se hacía de noche después de comer.

¿En qué momento de la jornada las Hermanas de la Misericordia se dieron cuenta de la desaparición de Dora? Por la noche, sin duda. Quizá después de la Salve, en la capilla, cuando las internas subieron al dormitorio. Supongo que la superiora intentó en seguida ponerse en contacto con sus padres para saber si se había quedado con ellos. ¿Tenía conocimiento de que Dora y sus padres eran judíos? En su nota biográfica se puede leer: «Muchas niñas de familias judías perseguidas encontraron refugio en el Sagrado Corazón de María gracias a la caritativa y valerosa acción de la hermana Marie-Jean-Baptiste. Ayudada por la actitud discreta y no menos valerosa de sus hermanas, no retrocedía ante ningún riesgo».

Pero el caso de Dora era especial. Había ingresado en el internado en mayo de 1940, cuando aún no había persecuciones. No había sido censada en octubre de 1940. Y sólo a partir de julio de 1942, a consecuencia de la gran redada que se produjo entonces, las instituciones religiosas empezarían a ocultar a niños judíos. La joven había vivido un año y medio en el internado del Sagrado Corazón de María. Seguramente era la única alumna de origen judío del pensionado. ¿Lo sabían sus compañeras, lo sabían las monjas?

El café Marchal, sito en los bajos del hotel de la calle Ornano, tenía un teléfono, Montmartre
44-74,
pero ignoro si el establecimiento se hallaba comunicado con el edificio y si Marchal era también el dueño del hotel. El pensionado no figuraba en el listín de teléfonos de la época. He encontrado otra dirección de las Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia que, en 1942, debía de ser un anexo del pensionado: calle Saint-Maur, 64. ¿Lo frecuentó Dora? Allí tampoco constaba número de teléfono.

¿Quién sabe? Quizá la superiora esperó hasta el lunes por la mañana para llamar al café Marchal o, lo que es más probable, enviaría a una hermana al bulevar Ornano. O tal vez Ernest y Cécile Bruder acudieron ellos mismos al internado.

Habría que saber si ese 14 de diciembre, día de la fuga de Dora, hacía buen tiempo. Uno de esos

domingos apacibles y soleados que nos hacen experimentar un sentimiento de vacaciones y de eternidad, el sentimiento ilusorio de que el curso del tiempo se ha detenido, que basta deslizarse por esa brecha para escapar a la tenaza que está a punto de cerrarse sobre nosotros.

Durante mucho tiempo no supe qué fue de Dora Bruder después de su fuga y del anuncio de búsqueda publicado en el *Paris-Soir*. Más adelante me enteré de que había sido internada en el campo de concentración de Drancy, ocho meses más tarde, el 13 de agosto de 1942. La ficha indicaba que procedía del campo de Tourelles. Ese 13 de agosto, en efecto, trescientas judías habían sido trasladadas del campo de Tourelles al de Drancy.

La prisión, el «campo», o más bien el centro de internamiento de Tourelles, ocupaba las instalaciones de un antiguo cuartel de infantería colonial, en el 141 del bulevar Mortier, en la puerta de Lilas. Había sido reabierto en octubre de 1940 para internar a judíos extranjeros en situación «irregular». Pero a partir de 1941, cuando se empezó a enviar a los hombres directamente a Drancy o a los campos del Loiret, sólo las mujeres judías que habían contravenido las ordenanzas alemanas serían internadas en Tourelles, junto a comunistas y presos comunes.

¿En qué momento y por qué razones concretas Dora Bruder fue enviada a Tourelles? Me preguntaba si existía algún documento, una pista que me pudiera proporcionar una respuesta. Me era imposible ir más allá de las meras suposiciones. Sin duda la habían detenido en la calle. En febrero de 1942 —habían transcurrido dos meses desde su fuga— los alemanes habían promulgado una disposición en virtud de la cual se prohibía a los judíos de París abandonar su domicilio después de las ocho de la noche y cambiar de dirección. La vigilancia en las calles se había hecho más severa que en los meses precedentes. Había acabado por persuadirme de que fue en ese glacial y lúgubre mes de febrero, cuando la policía para asuntos judíos tendía trampas en los pasillos del metro, a la entrada de los cines o a la salida de los teatros, cuando cogieron a Dora. Me parecía sorprendente que una chica de dieciséis años, de la que la policía sabía que se había fugado en diciembre y cuyos datos tenía, hubiese podido escapar durante todo ese tiempo. A menos que tuviera un escondite. Pero ¿cuál, en ese París del invierno de
1941-1942,
que fue el más desolador e inclemente invierno de los años de la Ocupación, con nevadas desde el mes de noviembre y temperaturas de quince grados bajo cero en enero, el agua helada, escarcha, y más nieve en gran abundancia en el mes de febrero? ¿Cuál era su refugio? ¿Y cómo lograba sobrevivir en París?

Fue en febrero, pensaba, cuando «ellos» la habían cogido en sus redes. «Ellos» podían haber sido tanto simples policías de orden público como inspectores de la Brigada de Menores o la policía para asuntos judíos, durante un control de identificación en algún lugar público… Había leído en un libro de memorias que chicas de dieciocho o diecinueve años habían sido enviadas a Tourelles por ligeras infracciones de las «ordenanzas alemanas», y que incluso algunas tenían dieciséis años, como Dora… Ese mismo mes de febrero, la noche en que había entrado en vigor la citada ordenanza, mi padre fue detenido en una redada, en los Campos Elíseos. Inspectores de la Policía para asuntos judíos habían bloqueado el acceso a un restaurante de la calle Marignan donde cenaba con una amiga. Pidieron la documentación a todos los clientes. Mi padre no la llevaba encima. Fue detenido. En el coche celular que lo transportaba desde los Campos Elíseos hasta la calle Greffulhe, sede de la policía para asuntos judíos, se había fijado, entre otras sombras, en una joven de unos dieciocho años. La había perdido de vista cuando les hicieron subir al piso donde estaba la oficina de policía y su jefe, un tal comisario Schweblin. Luego había logrado escaparse aprovechando que el automático estaba apagado cuando bajaba la escalera hacia la prisión preventiva.

Mi padre apenas había mencionado a la joven cuando me contó su contratiempo por primera y última vez en su vida, una noche de junio de 1963, en un restaurante de los Campos Elíseos, casi enfrente de aquél en que lo habían detenido veinte años antes. No me proporcionó detalles acerca del físico y el atuendo de la joven. Casi la había olvidado, hasta el día en que supe de la existencia de Dora Bruder. Entonces, la presencia de esa joven en el coche celular junto a mi padre y otros desconocidos, aquella noche de febrero, me vino a la memoria y en seguida me pregunté si no se trataría de Dora Bruder, a la que también habían detenido, antes de enviarla a Tourelles.

Quizá soy yo quien ha querido que mi padre y ella se cruzasen ese invierno de 1942. Por muy diferentes que fuesen, habían sido clasificados en la misma categoría de réprobos. Tampoco mi padre se había censado en octubre de 1940 y, como Dora Bruder, carecía de «número de dossier judío». Por consiguiente, no tenía existencia legal y había roto amarras con un mundo en el que todos debían justificar oficio, familia, nacionalidad, fecha de nacimiento, domicilio. Era como si se hallara en otra parte. Situación que se asemejaba un poco a la de Dora después de su fuga.

Pero reflexionaba acerca de la disparidad de sus destinos. No contaba con muchos recursos una chica de

dieciséis años, librada a sí misma, en París, el invierno de 1942, después de haberse escapado de un pensionado. A los *ojos* de la policía y de las autoridades de la época se encontraba en una situación doblemente irregular: judía y menor de edad fugada.

Para mi padre, que tenía catorce años más que Dora Bruder, la senda ya estaba trazada: puesto que habían hecho de él un fuera de la ley, sólo le restaba deslizarse por la pendiente, vivir de trapicheos y perderse en las ciénagas del mercado negro.

No hace mucho tiempo me enteré de que la chica del coche celular no podía ser Dora Bruder. He intentado encontrar su nombre en una lista de mujeres que fueron internadas en el campo de Tourelles. Dos de ellas, de veinte y veintiún años, judías polacas, ingresaron en Tourelles el 18 y el 19 de febrero de 1942. Se llamaban Syma Berger y Fredel Traister. Las fechas encajan, pero ¿cuál de ellas le correspondía a cada una? Después de pasar por la prisión preventiva, los hombres eran enviados al campo de Drancy, las mujeres al de Tourelles. Cabe la posibilidad de que la desconocida escapara, como mi padre, a la suerte común que les estaba reservada. Tengo la certeza de que tanto ella como las otras sombras que fueron detenidas aquella noche permanecerán siempre en el anonimato. Los policías para asuntos judíos destruyeron todos los ficheros, todos los atestados de los interrogatorios practicados tras las redadas o las detenciones individuales llevadas a cabo en la calle. Si yo no diera fe de ello, no quedaría huella de la presencia de esa desconocida y de la de mi padre en un coche celular en febrero de 1942, en los Campos Elíseos. Sólo serían personas —muertas o vivas— a las que se clasifica en la categoría de «individuos no identificados».

Veinte años después, mi madre interpretaba una obra en el teatro Michel. A menudo la esperaba en el café de la esquina de la calle Mathurins con la calle Greffulhe. No sabía entonces que mi padre había arriesgado allí su vida y que yo volvía a un lugar que había sido como un agujero negro íbamos a comer a un restaurante, en la calle Greffulhe: quizá en los bajos del edificio donde operaba la policía para asuntos judíos; allí habían arrastrado a mi padre hasta el despacho del comisario Schweblin. Jacques Schweblin. Nacido en 1901 en Mulhouse. Sus hombres se dedicaban a registrar a los internos en los campos de Drancy y de Pithiviers antes de que salieran hacia Auschwitz:

«El señor Schweblin, jefe de la policía para asuntos judíos, se presentaba en el campo acompañado de cinco o seis ayudantes, que él denominaba “policías amáliares”, dando sólo su nombre. Estos policías vestidos de civil llevaban un cinto con un revólver y una porra.

Tras instalar a sus ayudantes, el señor Schweblin abandonaba el campo y no aparecía hasta la noche para llevarse el producto del saqueo. Sus ayudantes se instalaban en un barracón con una mesa y un recipiente a cada lado, uno para el dinero en metálico, otro para las joyas. Desfilaban entonces los internos en grupo para un registro minucioso y humillante. A menudo les pegaban y les hacían quitarse los pantalones a patadas, entre reflexiones del tipo de: “¡Qué! ¿Quieres recibir más badana de policía?”. Tanto los bolsillos exteriores como los interiores eran desgarrados brutalmente con el pretexto Ras-Tarchao de hacer más expedito el registro. No voy a hablar del registro de mujeres efectuado en “rincones íntimos”.

Después del registro, dinero y joyas eran metidos a presión en maletas, éstas atadas con un bramante y selladas y luego introducidas en el coche del señor Schweblin».

El sistema de sellado carecía de todo rigor, dado que el precinto quedaba en manos de los policías. Éstos podían apropiarse de dinero y joyas. No se privaban de sacar de sus bolsillos joyas de valor, al tiempo que decían: «¡Anda! ¡Esto no es bisutería!». O un puñado de billetes de mil o de quinientos francos, mientras exclamaban: «¡Anda, me había olvidado de esto!». El registro llegaba también a los dormitorios; los colchones, los edredones y las almohadas eran destripados. Pero no queda rastro de ninguna de las pesquisas efectuadas por la «Policía para asuntos judíos» [1].

El equipo dedicado a los registros estaba compuesto por siete hombres, siempre los mismos. Y una mujer. Nadie sabía sus nombres. Eran jóvenes y algunos todavía viven. Pero no es posible identificarlos.

Schweblin desapareció en 1943. Los alemanes debieron de desembarazarse de él. Sin embargo, cuando mi padre me contó su paso por el despacho de ese hombre me dijo que, un domingo, una vez finalizada la guerra, había creído reconocerlo en la puerta de Maillot. Los coches celulares no habían cambiado mucho a principios de los años sesenta. La única vez que me vi dentro de uno de ellos fue en compañía de mi padre, y no me referiría a ese periplo si no hubiera adquirido para mí un carácter simbólico.

Ocurrió en circunstancias muy banales. Tenía dieciocho años, todavía era menor de edad. Mis padres se habían separado pero vivían en el mismo edificio, mi padre con una mujer de cabello rubio pajizo, muy nerviosa, una especie de falsa Mylene Demongeot [2]. Y yo con mi madre. Un día se desencadenó una bronca discusión entre mis padres a causa de la modesta pensión que mi padre estaba obligado a pasarnos por decisión judicial para mi mantenimiento, luego de un juicio por episodios: tribunal de primera instancia

del distrito del Sena. Primera sala suplementaria del tribunal de apelación. Notificación del fallo a las partes. Mi madre decidió que yo llamase a su puerta y que le reclamase el dinero que nos debía. Por desgracia no contábamos con ningún otro recurso para subsistir. No fui muy afortunado. Llamé a su casa con la intención de disculparme por el recado, pero él me dio con la puerta en las narices. Oí a la falsa Mylene Demongeot gritar y llamar a la policía aduciendo que «había un golfo armando escándalo».

Algunos minutos más tarde la policía vino a buscarme a mi casa y subí con mi padre a un coche celular que esperaba a la puerta del edificio. Nos sentamos uno enfrente del otro en la banqueta de madera, rodeado cada uno de guardias. Pensé que, si bien a mí era la primera vez que me sucedía una cosa semejante, a mi padre ya le había ocurrido otra vez hacía veinte años, aquella noche de febrero de 1942 en que se lo habían llevado los inspectores de la Policía para asuntos judíos en un coche celular muy parecido al que ocupábamos y me preguntaba qué pensaría él en ese momento. Pero fingía no verme y evitaba mi mirada.

Me acuerdo perfectamente del trayecto. Los muelles. Luego la calle de Saints-Pères. El bulevar Saint-Germain. La parada ante el semáforo rojo, a la altura del café Deux-Magots. A través de la ventanilla enrejada veía a los parroquianos sentados en la terraza, al sol, y los envidiaba. Pero no arriesgaba gran cosa: felizmente vivíamos en una época anodina, inofensiva, llamada «la Década Prodigiosa».

No obstante, yo estaba asombrado de que mi padre, que había vivido durante la Ocupación lo que había vivido, no manifestara el menor reparo a que me metieran en un coche celular. Estaba allí, delante de mí, impasible, con un aire vagamente disgustado, ignorándome como si yo fuera un apestado, mientras yo advertía que estábamos llegando a la comisaría y no esperaba ninguna compasión por su parte. Y ello me parecía más injusto por cuanto había comenzado a escribir un libro —mi primer libro— en el que echaba sobre mis hombros la angustia que había experimentado durante la Ocupación. Algunos años antes había descubierto en su biblioteca ciertos libros de autores antisemitas aparecidos en los años cuarenta y que sin duda había comprado para intentar comprender qué era lo que sus autores le reprochaban. Y me imagino de qué manera le habría sorprendido la descripción de ese monstruo judío imaginario, fantasmagórico, cuya sombra amenazante se proyectaba en las paredes, con su nariz ganchuda y sus manos rapaces, esa criatura corrompida por todos los vicios, responsable de todos los males y culpable de todos los crímenes. Yo quería responder en mi primer libro a toda esa gente cuyos insultos me habían herido a causa de mi padre. Y cerrarles la boca de una vez en el campo de la prosa francesa. Ahora me doy cuenta de lo infantil de mi proyecto: la mayor parte de esos autores habían desaparecido, habían sido fusilados o se habían visto obligados a exiliarse, o ya estaban chochos o habían muerto de viejos. Sí, por desgracia yo llegaba demasiado tarde.

El coche celular se detuvo en la calle de Abbaye, delante de la comisaría del barrio de Saint-Germain-des-Prés. Los guardias nos condujeron al despacho del comisario. Mi padre les explicó, en tono severo, que yo era «un golfo» y que iba a armar «escándalo a su casa» desde los diecisiete años. El comisario me dijo que «la próxima vez iría a parar allí» con el tono que se emplea con un delincuente. Comprendí que mi padre no hubiera movido un dedo si aquel comisario hubiese cumplido su amenaza y me hubiera enviado a prisión preventiva.

Salimos de la comisaría. Le pregunté a mi padre si había sido necesario llamar a la policía y acusarme luego delante de ellos. No respondió. No lo odiaba. Como vivíamos en la misma casa, seguimos nuestro camino, uno al lado del otro, en silencio. Estuve a punto de recordarle aquella noche de febrero de 1942 en que lo habían introducido en un coche celular y de preguntarle si se le había ocurrido pensarlo. Pero quizá aquello tuviera más importancia para mí que para él.

No cruzamos una sola palabra durante todo el trayecto. Lo vi dos o tres veces al año siguiente, un mes de agosto durante el cual me sustrajo mis papeles militares con la idea de enrolarme a la fuerza en el cuartel de Reuilly. Jamás volví a verlo.

Me pregunto qué hizo Dora Bruder el 14 de diciembre de 1941 en los primeros momentos de su fuga. Tal vez decidió no regresar al pensionado en el momento mismo en que llegaba ante el porche y vagabundeó toda la tarde por el barrio hasta la hora del toque de queda.

Barrio cuyas calles aún llevan nombres de resonancias rurales: calle de los Molineros, del Barranco de los Lobos, sendero de las Zarzas. Pero al final de la callecita sombreada por los árboles que bordea el recinto del Sagrado Corazón de María se halla la estación de mercancías y, más allá, si se sigue por la avenida Daumesnil, la estación de Lyon. Las vías férreas pasan a algunos centenares de metros del pensionado. Barrio tranquilo, que parece ajeno a París, con sus conventos, sus recogidos cementerios y sus avenidas silenciosas, es también el barrio de los adioses.

Ignoro si la proximidad de la estación de Lyon animó a Dora a fugarse. Ignoro si oía, desde el

dormitorio, en el silencio de las noches de apagón, el estrépito de los trenes de mercancías o de los que partían de la estación de Lyon hacia la zona libre… Sin duda ella conocía esas dos engañosas palabras: zona libre.

En la novela que escribí, sin saber casi nada de Dora Bruder pero para no dejar de pensar en ella, la joven de su edad que yo llamé Ingrid se refugia con un amigo en la zona libre. Pensaba en Bella D. quien, también a los quince años y procedente de París, había cruzado de modo furtivo la línea de demarcación y se había encontrado en una prisión en Toulouse; en Anne B., que fue detenida a los dieciocho años, sin pasaporte, en la estación de Chalon-sur-Saone, y había sido condenada a doce semanas de prisión… Eso es lo que me habían contado en los años sesenta.

¿Había preparado Dora Bruder su fuga mucho tiempo antes, con la complicidad de algún amigo o amiga? ¿Se había quedado en París o había intentado pasar también a la zona libre?

El registro de incidencias de la comisaría de policía del barrio de Clignancourt lleva la siguiente anotación con fecha del 27 de diciembre de 1941, bajo las columnas:

Fecha y dirección - Estado civil - Resumen del asunto:
27 de diciembre de 1941. Bruder Dora, nacida el 25/2/26 en París, distrito 12.°, domiciliada en bulevar Ornano, 41. Declaración de Bruder, Ernest, 42 años, su padre.

En el margen están escritas las siguientes cifras, que no sé a qué corresponden: 7
029 21/12.

La comisaría del barrio de Clignancourt ocupaba el número 12 de la calle Lambert, detrás de la Butte Montmartre, y el comisario se llamaba Siri. Pero es probable que Ernest Bruder se dirigiera a la izquierda del ayuntamiento, a la comisaría de distrito, en el 74 de Montcenis, que era también oficina de correos: se encontraba más cerca de su domicilio. El comisario se llamaba Cornec.

Dora se había fugado trece días antes y Ernest Bruder había esperado hasta entonces para denunciar su desaparición. Es posible imaginar su angustia y sus dudas a lo largo de trece largos días. No había declarado a Dora en el censo de octubre de 1940 en esa misma comisaría y los policías podían advertirlo. Al intentar la búsqueda de la joven, atraía la atención sobre ella.

La declaración de Ernest Bruder no figura en los archivos de la Prefectura de policía. Sin duda en las comisarías destruían los documentos de ese tipo a medida que se hacían viejos. Algunos años después de la guerra otros archivos habían sido destruidos, como los registros especiales abiertos en junio de 1942, la semana en que los judíos recibieron tres estrellas amarillas por persona, a partir de la edad de seis años. En esos registros constaba la identidad del judío, su número de carnet de identidad, domicilio, y un espacio reservado a las anotaciones al margen donde debía firmar después de recibir las estrellas. Más de cincuenta registros fueron abiertos de este modo en las comisarías de París y alrededores.

Nunca se sabrá qué preguntas tuvo que responder Ernest Bruder en relación a su hija y a sí mismo. Tal vez fue atendido por un funcionario para el cual se tratase de un trabajo de rutina, como antes de la guerra, y que no hiciera distinciones entre Ernest Bruder y su hija y los demás franceses. Cierto que aquel hombre era «exaustríaco», vivía en un hotel y carecía de profesión. Pero su hija había nacido en París y tenía la nacionalidad francesa.

Una fuga de adolescente. Algo que ocurría con frecuencia en aquellos trastornados tiempos. ¿Fue aquel policía quien le aconsejó a Ernest Bruder insertar un anuncio en el *Paris-Soir*, considerando que ya habían transcurrido dos semanas desde la desaparición de Dora? ¿O bien un redactor del diario, encargado de los «perros atropellados» y de hacer la ronda de las comisarías, espigó al azar ese anuncio entre los incidentes del día para la sección «De ayer a hoy»?

Recuerdo la fuerte impresión que experimenté después de mi fuga de enero de 1960, más intensa que ninguna otra que hubiera experimentado antes. Era el vértigo de cortar, de un golpe, todos los lazos: ruptura drástica y voluntaria con la disciplina que nos imponen el internado, los profesores, los compañeros de clase. A partir de ese momento, ya no tenemos nada que ver con todo ello; se produce una ruptura con nuestros padres, que no han sabido queremos y de quienes, nos decimos, no podemos esperar ninguna ayuda; sentimiento de rebelión y de soledad llevado a la incandescencia y que nos corta el aliento y nos deja en un estado de ingravidez. Una de las raras ocasiones de mi vida en que fui verdaderamente yo mismo y seguí mi propia senda.

El éxtasis no dura mucho, sin embargo. No tiene porvenir. Pronto nuestro impulso es frenado en seco.

La fuga —por lo que parece— constituye una llamada de socorro y a veces una forma de suicidio. Pero al menos se experimenta un breve sentimiento de eternidad. No sólo hemos cortado los lazos con el mundo,

sino también con el tiempo. Una mañana, el cielo tiene un azul ligero y nada pesa sobre nosotros. Las agujas del reloj del jardín de las Tullerías están inmóviles para siempre. Como una hormiga que no acabase nunca de atravesar la mancha de sol.

Pienso en Dora Bruder. Me digo que su fuga no fue tan sencilla como la mía, veinte años más tarde, en un mundo que se había vuelto inofensivo. Aquella ciudad de diciembre de 1941, su toque de queda, sus soldados, su policía, todo era hostil y buscaba su perdición. A los dieciséis años tenía el mundo entero contra ella y no sabía por qué.

Otras rebeldes, en el París de aquellos años, y en la misma soledad que Dora Bruder, lanzaban granadas contra los alemanes, contra sus convoyes y sus lugares de reunión. Tenían su misma edad. Los rostros de algunas de ellas estaban reproducidos en el Cartel Rojo y no puedo evitar asociarlas, en mi pensamiento, a Dora.

En el verano de 1941 se estrenó en Normandía, y en seguida en todos los cines de barrio, una película rodada poco después de la Ocupación. Era una simpática comedia: *Primera cita*. La última vez que la vi me causó una impresión extraña que no se justificaba ni por la ligereza de la trama ni por el tono festivo de que hacían gala los protagonistas. Me decía a mí mismo que seguramente Dora Bruder habría asistido, un domingo, a una proyección de la película, cuyo argumento narra la fuga de una chica de su edad. Se escapa de un pensionado como el Sagrado Corazón de María y durante su fuga encuentra al que se conoce en los cuentos de hadas y en las novelas como el príncipe azul.

La película presenta una versión rosa y anodina de lo que le sucedió a Dora en la realidad. ¿Le habría dado la idea para su fuga? Concentraba mi atención en los detalles: el dormitorio, los pasillos del internado, el uniforme de las internas, el café donde espera la heroína cuando se hace de noche… No había nada que se pareciese a la realidad, aparte de que la mayoría de las escenas estaban rodadas en estudio. No obstante, sentía cierto malestar. Procedía de la luminosidad del film, del mismo grano de la película. Un velo parecía cubrir las imágenes, acentuaba los contrastes y a veces los difuminaba, en una blancura boreal. La luz era al mismo tiempo demasiado clara y demasiado oscura, ahogando las voces o haciendo su timbre más estentóreo e inquietante.

Comprendí repentinamente que esa película estaba impregnada por las miradas de los espectadores del tiempo de la Ocupación: espectadores de todas clases, muchos de los cuales no habían sobrevivido a la guerra. Habían sido arrastrados a lo desconocido, después de ver la película un sábado por la noche que sólo había sido una tregua. La guerra y la amenaza exterior se olvidaban mientras duraba la proyección. Se apretaban unos contra otros en la oscuridad de la sala, siguiendo la ola de imágenes de la pantalla, y entonces ya nada podía pasar. Y todas esas miradas, por una suerte de proceso químico, habían modificado la sustancia misma de la película, la luz, la voz de los actores. Esto es lo que sentí, pensando en Dora Bruder, ante las imágenes en apariencia intrascendentes de *Primera cita*.

Ernest Bruder fue detenido el 19 de marzo de 1942 o, más exactamente, internado en el campo de concentración de Drancy. No he encontrado pista alguna del motivo y las circunstancias de dicha detención. En el fichero «familiar», del que se servía la Prefectura de policía y donde estaban reunidos los datos de cada judío, está anotado lo siguiente:

Bruder Ernest 21.5.99 – Viena
N.° dossier judío: 49091 Profesión: No tiene
Mutilado de guerra ciento por ciento. 2.a clase. Legionario francés intoxicado por gas; tuberculosis pulmonar.
Registro central de antecedentes penales E56404.

Más abajo la ficha lleva dos palabra impresas con tampón: SE BUSCA, seguidas de una nota a lápiz: «*Se encuentra en el campo de Drancy*».

Ernest Bruder, en calidad de judío «exaustríaco», habría podido ser detenido en la redada de agosto de 1941, durante la cual los policías franceses, flanqueados por militares alemanes, bloquearon el
distrito XI
el 20 de agosto y durante los días siguientes interpelaron a los judíos extranjeros en las calles de los demás distritos, entre ellos el XVIII. ¿Cómo escapó a esa redada? ¿Gracias a su categoría de antiguo legionario francés de segunda clase? Lo dudo.

La ficha indica que se le buscaba. Pero ¿a partir de cuándo? ¿Y por qué motivos concretos? Si se le hubiera buscado ya el 27 de diciembre de 1941, el día en que había denunciado la desaparición de Dora en la comisaría de Clignancourt, la policía no habría dejado que se fuera. ¿Llamó la atención sobre él ese día?

Un padre intenta encontrar a su hija, denuncia su desaparición en comisaría y aparece un anuncio de búsqueda en un diario de la tarde. Pero también se busca al padre. Unos padres pierden la pista de su hija y uno de ellos desaparece a su vez, un 19 de marzo, como si el invierno de aquel año separase a las personas unas de otras y embrollase y borrase sus itinerarios hasta el punto de proyectar dudas sobre su existencia. Y no hay salida. Pues quienes están encargados de buscar y encontrar a la gente elaboran fichas para, a renglón seguido, hacerlas desaparecer definitivamente.

Ignoro si Dora Bruder se enteró en seguida de la detención de su padre. Supongo que no. En marzo aún no había vuelto al bulevar Ornano. Eso es al menos lo que sugieren las pistas que subsisten en los archivos de la Prefectura de policía.

Como ya han transcurrido casi sesenta años, esos archivos nos van desvelando poco a poco sus secretos. La Prefectura de policía de la Ocupación ya no es más que un gran cuartel espectral a orillas del Sena. Al evocar el pasado se nos aparece como la terrorífica casa Usher. Y nos cuesta creer que ese edificio, cuyas fachadas vemos a diario, no ha cambiado desde los años cuarenta. No acabamos de persuadimos de que son las mismas piedras, los mismos corredores.

Muertos desde hace mucho tiempo están los inspectores que participaron en la busca y captura de judíos y sus nombres resuenan con un eco lúgubre y despiden un olor a cuero podrido y tabaco frío: Permilleux, François, Schweblin, Koerperich, Cougoule… Muertos o impedidos a causa de la vejez, esos guardianes de la paz a los que se llamaba «agentes captadores» y escribían su nombre al pie de las declaraciones de los detenidos durante las redadas. Esos millares de declaraciones han sido destruidos y no se sabrán nunca los nombres de los «agentes captadores». Pero quedan en los archivos centenares de cartas dirigidas al prefecto de policía de la época, a las que nunca respondió. Han permanecido allí durante más de medio siglo, como sacas de correo olvidadas en el fondo del hangar de una lejana etapa del Correo Aéreo. Hoy podemos leerlas. Quienes las recibieron no las tuvieron en cuenta y nosotros, que no habíamos nacido todavía, somos sus destinatarios y sus guardianes:

Señor Prefecto:

Tengo el honor de pedirle que se interese en mi demanda. Se trata de mi sobrino Albert Graudens, de nacionalidad francesa, de 16 años de edad, que ha sido internado…

Señor director del servicio de judíos:

Solicito de su alta benevolencia la liberación del campo de Drancy de mi hija, Nelly Trautmann…

Señor Prefecto de Policía:

Me permito solicitar un favor en relación con mi marido, Zelik Pergricht, permitiéndome pedirle noticias, así como algunas informaciones…

Señor Prefecto de Policía:

Tengo el honor de solicitar de su alta benevolencia y de su generosidad información concerniente a mi hija, señora de Jacques Lévy, de soltera Violette Joel, detenida el 10 de septiembre último cuando intentaba cruzar la línea de demarcación sin llevar la estrella reglamentaria. Iba acompañada de su hijo, Jean Lévy, de 8 años y medio…

Entregada directamente al prefecto de policía:

Solicito de su benevolencia la liberación de mi nieto Michael Rubin, de 3 años, francés, de madre francesa, internado en Drancy con su madre…

Señor Prefecto:

Le estaré infinitamente agradecida si quiere examinar el caso siguiente: mis padres, bastante mayores y enfermos, han sido detenidos por ser judíos y nos hemos quedado solas, yo y mi hermana pequeña, Marie Grosman, de 15 años y medio, judía francesa, con carnet de identidad francés n.° 1594936, serie B, y yo misma, Jeannette Grosman, igualmente judía francesa, de 19 años, con carnet de identidad francés n.° 924227, serie B…

Señor director:

Discúlpeme si me permito dirigirme a usted, pero he aquí mi caso: el 16 de julio de 1942 vinieron a buscar a mi marido y, como mi hija lloraba, también se la llevaron.

Se llama Paulette Gothlef, de 14 años y medio, nacida el 19 de noviembre de 1927 en París en el distrito 12, y es francesa…

Con fecha del 17 de abril de 1942, el registro de la comisaría de Clignancourt lleva la siguiente anotación bajo las columnas habituales: Fecha y dirección - Estado civil - Resumen del asunto:

17 de abril de 1942. 2098 15/24. P. Menores. Asunto Bruder Dora, de 16 años de edad, desaparecida, después A 1917 ha regresado al domicilio materno.

No sé a qué corresponden las cifras 2098 y 15/24. «P. Menores» debe de querer decir «Protección de menores». El atestado 1917 contenía la deposición de Ernest Bruder y las preguntas relativas a Dora y a él mismo que se le formularon el 27 de diciembre de 1941. No hay ningún otro indicio del atestado 1917 en los archivos.

Apenas tres líneas dedicadas al «asunto Bruder Dora». Las notas siguientes, relativas al 17 de abril, se refieren a otros asuntos:

Gaul Georgette Paulette, 30.7.23, nacida en Pantin, Sena, hija de Georges y de Pelz Rose, soltera, domiciliada en hotel calle Pigalle, 41. Prostitución.

Germaine Mauraire. 9.10.21, nacida en Entre-DeuxEaux (Vosgos). Vive en hotel. 1 informe P. Menores.

—R. Cretet. Distrito 9.°

Así se suceden, en los registros de incidencias de las comisarías de la Ocupación, prostitutas, perros perdidos, niños abandonados. Y —como en el caso de Dora— adolescentes desaparecidas y acusadas del delito de vagancia.

En apariencia, nunca se trata de «judíos». Sin embargo, pasaron por las comisarías antes de ser metidos en prisión preventiva y luego enviados a Drancy y la frase «ha regresado al domicilio materno» supone que en el puesto de policía de Clignancourt sabían que el padre de Dora había sido detenido el mes anterior.

No hay rastro de ella entre el 14 de diciembre de 1941, día de su fuga, y el 17 de abril de 1942 en que, según el registro, regresa al domicilio materno, es decir, a la habitación del hotel del bulevar Ornano. Durante cuatro meses se ignora cuál es su paradero, qué hace o con quién está. Y también se ignora en qué circunstancias regresa al «domicilio materno». ¿Por propia iniciativa, después de enterarse de la detención de su padre? ¿O bien después de ser aprehendida en la calle, tras lanzar la Brigada de menores una orden de búsqueda contra ella? No he encontrado ningún indicio, ningún testigo que pudiera iluminarme sobre sus cuatro meses de ausencia, que quedan para nosotros como un blanco en su vida.

El único medio de no perder por completo durante ese período a Dora Bruder será informarnos de los cambios de tiempo. La nieve cayó por primera vez el 4 de noviembre de 1941. El invierno comenzó el 22 de diciembre con un frío muy intenso. El 29 de diciembre la temperatura bajó aún más y los cristales de las ventanas se cubrieron de una ligera capa de hielo. A partir del 13 de enero el frío se hizo siberiano. El agua se helaba. Eso duró alrededor de cuatro semanas. El 12 de febrero hizo un poco de sol, como un tímido anuncio de primavera. Una capa de nieve, que se oscurecía bajo las pisadas de los transeúntes y se transformaba en barro, cubría las aceras. Fue el día en que se llevaron a mi padre. El 22 de febrero volvió a nevar. El 25 de febrero la nieve seguía cayendo, aún más abundante. El 3 de marzo, después de las nueve de la noche, primer bombardeo en las afueras. En París los vidrios temblaban. El 13 de marzo las sirenas se dispararon en pleno día para alertar a la población. Los viajeros del metro se quedaron inmovilizados durante dos horas. Fueron desalojados por el túnel. A las diez de la noche hubo otra alerta. El 15 de marzo hizo mucho sol. El 28 de marzo, alrededor de las diez de la noche, un bombardeo lejano duró hasta medianoche. El 2 de abril, una alerta hacia las cuatro de la mañana y un violento bombardeo hasta las seis. Y otro bombardeo a partir de las once de la mañana. El 4 de abril los pimpollos florecieron en las ramas de los castaños. El 5 de abril, al anochecer, hubo una borrasca de primavera con granizo, luego salió el arco iris. No olvidar: mañana a mediodía, cita en la terraza de los Gobelinos.

Hace algunos meses pude obtener una foto de Dora Bruder que destaca entre las ya reunidas. Sin duda

fue la última que le hicieron. En su rostro y su aspecto no queda nada de la niña que se adivinaba en las demás fotos a través de la mirada, la redondez de las mejillas, el vestido blanco de un día de entrega de premios… No sé en qué fecha fue tomada esa foto. Seguramente en 1941, el año en que Dora estaba interna en el Sagrado Corazón de María, o bien a principios de la primavera de 1942, cuando regresó, después de su fuga, al bulevar Ornano.

Se la ve con su madre y su abuela materna. Las tres mujeres están una al lado de otra, la abuela entre Cécile y Dora. Cécile lleva un vestido negro y el cabello corto, la abuela un vestido floreado. Ninguna de las dos mujeres sonríe. Dora lleva un vestido negro —o azul marino— y una blusa con cuello blanco, pero también podría ser un chaleco y una falda, la foto no es lo bastante nítida para apreciarlo bien. Lleva medias y sandalias de tiras. La melena le cae casi hasta los hombros y se la sujeta con una cinta, el brazo izquierdo le cuelga a lo largo del cuerpo, con los dedos doblados, y el brazo derecho queda oculto por su abuela. Mantiene la cabeza erguida, sus ojos son graves, pero en sus labios se esboza una sonrisa. Y ello le proporciona a su rostro una expresión de dulzura triste y de desafío. Las tres mujeres se hallan junto a la pared. El suelo está embaldosado como el corredor de un edificio público. ¿Quién pudo haber hecho la foto? ¿Ernest Bruder? ¿Que no esté en la foto significa que ya había sido detenido? En todo caso, las tres mujeres se han vestido de domingo frente a ese objetivo anónimo.

¿Lleva Dora la falda azul marino citada en el anuncio?

Existen fotos así en todas las familias. Durante el tiempo de la foto estaban protegidos, eran tan sólo unos segundos pero se convertían en una eternidad.

Uno se pregunta por qué el rayo los fulminó a ellos y no a otros. Mientras escribo estas líneas me pongo a pensar de improviso en algunos que tenían la misma profesión que yo. Hoy ha acudido a mi mente el recuerdo de un escritor alemán, Friedo Lampe.

Me habían llamado la atención su nombre y el título de uno de sus libros, *Al borde de la noche*, traducido al francés hace más de veinte años y del que descubrí, en esa época, un ejemplar en una librería de los Campos Elíseos. No sabía nada de aquel escritor, pero antes de abrir el libro adivinaba su tono y su atmósfera, como si lo hubiera leído en otra vida.

Friedo Lampe. *Al borde de la noche*. El nombre y el título me recordaban esas ventanas iluminadas de las que no podemos apartar la mirada. Nos decimos que detrás de ellas alguien a quien hemos olvidado espera nuestro regreso desde hace años, o bien que ya no hay nadie. Salvo una lámpara que se ha quedado encendida en el piso vacío.

Friedo Lampe había nacido en Bremen en 1899, el mismo año que Ernest Bruder. Había estudiado en la Universidad de Heidelberg. Había trabajado en Hamburgo como bibliotecario y comenzado allí su primera novela, *Al borde de la noche*. Luego estuvo empleado en una editorial de Berlín. La política le era indiferente. Lo que le interesaba era describir el crepúsculo cayendo sobre el puerto de Bremen, la luz blanca y lila de las lámparas de arco, los marineros, los luchadores de catch, las orquestas, el campanilleo del tranvía, los puentes del ferrocarril, la sirena del vapor, y todas las personas que se buscan en la noche… Su novela apareció en octubre de 1933, cuando Hitler ya estaba instalado en el poder. *Al borde de la noche* fue retirada de las librerías y destruida, y su autor declarado «sospechoso». Sin embargo no era judío. ¿Qué podía reprochársele? Simplemente, la gracia y la melancolía de su libro. Su única ambición —declaraba en una carta— había sido «hacer sensibles ciertas horas de la noche, entre las ocho y las doce, en las inmediaciones del puerto; pienso en el barrio de Bremen en el que pasé mi juventud. Veía desfilar breves escenas como en una película, entrelazando vidas. Todo era ligero y fluido, ligado de modo muy leve, pictórico, lírico, con mucho ambiente».

Al final de la guerra, durante el avance de las tropas soviéticas, vivía en las afueras de Berlín. El 2 de mayo de 1945, en la calle, dos soldados rusos le pidieron la documentación y luego lo arrastraron hasta un jardín. Y allí lo mataron, sin pararse a jugar al bueno y al malo. Los vecinos lo enterraron en un lugar cercano, a la sombra de un abedul, e hicieron llegar a la policía lo que quedaba de él: sus papeles y su sombrero.

Otro escritor alemán, Felix Hartlaub, era de Bremen, como Friedo Lampe. Había nacido en 1913. Durante la Ocupación se encontraba en París. La guerra y el uniforme verde gris lo horrorizaban. No sé gran cosa de él. Había leído, en francés, en una revista de los años cincuenta, un resumen de su novela breve *Von Unten Gesehen*, cuyo manuscrito había confiado a su hermana en enero de 1945. El resumen se titulaba «Notas e impresiones». El autor describe el restaurante de una estación parisina y su fauna, luego el ministerio de Asuntos Exteriores abandonado, en el momento en que los servicios alemanes se instalan en él, con sus centenares de despachos desiertos y polvorientos, las arañas que han quedado encendidas y los péndulos de reloj que suenan sin parar en el silencio. Por la noche se vestía de civil para olvidar la guerra y

fundirse con las calles de París. Nos rinde cuentas de uno de sus trayectos nocturnos. Toma el metro en la estación de Solferino. Baja en Trinité. Ha oscurecido. Es verano. El aire es cálido. Sube por la calle Clichy durante un apagón. En el sofá del burdel descubre, irrisorio y solitario, un sombrero tirolés. Las chicas desfilan. «Están ausentes, como sonámbulas bajo los efectos del cloroformo. Y todo bañado —escribe— por una extraña luz de acuario tropical, de cristal recalentado». Él también está ausente. Lo observa todo con distanciamiento, como si el mundo en guerra no le concerniese, atento a los minúsculos detalles cotidianos, a los ambientes, y al mismo tiempo despegado, extraño a lo que tiene a su alrededor. Como Friedo Lampe, murió en Berlín en 1945, a los treinta y dos años, durante los últimos combates, en un universo de carnicería y de apocalipsis en el que se encontraba por error, vistiendo un uniforme que le habían impuesto pero que no era el suyo.

¿Y por qué mi pensamiento va también, entre tantos escritores, hacia el poeta Roger Gilbert-Lecomte?

También a él el rayo lo fulminó al mismo tiempo que a los dos anteriores, como si algunas personas sirvieran de pararrayos para que las demás se salvaran.

Mi camino se había cruzado con el de Roger Gilbert-Lecomte. Había frecuentado, como él ya la misma edad, los barrios del sur: bulevar Brune, calle de Alesia, hotel Primavera, calle de Voie-Verte… En 1938 vivía aún en el barrio de la puerta de Orléans, con una judía alemana, Ruth Kronenberg. Y luego, en 1939, también con ella, en el barrio de Plaisance, en un atelier en el 16 bis de la calle Bardinet. Cuántas veces había caminado por esas calles sin saber que Gilbert-Lecomte me había precedido… Y en la orilla derecha, en Montmartre, calle de Caulaincourt, en 1965, me pasaba tardes enteras en un café, en la esquina del parque Caulaincourt, y en una habitación de hotel, al fondo del callejón, Montmartre
42-99,
sin saber que Gilbert-Lecomte había vivido allí treinta años antes…

Por esa misma época fui a ver a un médico, el doctor Jean Puyaubert. Creía tener un velo en los pulmones. Le pedí que me hiciera un certificado para librarme del servicio militar. Me dio día y hora en una clínica donde trabajaba, en la plaza de Alleray, y me hizo radiografías: no tenía nada en los pulmones pero, pese a que no había guerra, yo quería quedar exento. Simplemente, la perspectiva de una vida cuartelaria como la que había vivido en el internado desde los once a los diecisiete años me resultaba insoportable.

No sé qué fue del doctor Puyaubert. Muchos años después de visitarlo supe que había sido uno de los mejores amigos de Roger Gilbert-Lecomte y que éste también le había solicitado, a la misma edad, el mismo servicio que yo: un certificado médico que daba fe de que había sufrido una pleuresía, con el fin de librarse del servicio militar.

Roger Gilbert-Lecomte… Había arrastrado sus últimos años por París, bajo la Ocupación… En julio de 1942 su amiga Ruth Kronenberg fue arrestada en zona libre cuando volvía de la playa de Collioure. Fue deportada en un convoy el 11 de septiembre, una semana antes que Dora Bruder. Una joven de Colonia, llegada a París hacia 1935, a los veinte años, a causa de las leyes racistas. Le gustaban el teatro y la poesía. Aprendió a coser para hacer trajes de escena. Pronto conoció a Roger Gilbert-Lecomte, entre otros artistas, en Montparnasse…

Continuó viviendo solo en el estudio de la calle Bardinet. Luego, una tal señora Firmat, que tenía un café en la casa de enfrente, lo acogió y se ocupó de él. En otoño de 1942 emprendía agotadores desplazamientos a las afueras, hasta el Bois-Colombes, calle de Aubépines, para obtener de un tal doctor Bréavoine recetas que le permitieran encontrar un poco de heroína. Lo descubrieron durante una de sus idas y venidas. Lo detuvieron y encarcelaron en la prisión de la Santé, el 21 de octubre de 1942. Permaneció hasta el 19 de noviembre, en la enfermería. Lo liberaron con orden de comparecer ante los tribunales al mes siguiente por «compra y tenencia ilícita en París, Colombes, Bois-Colombes, Asnieres, en 1942, de estupefacientes, heroína, morfina, cocaína…».

A principios de 1943 permaneció durante algún tiempo en una clínica de Épinay, luego la señora Firmat lo albergó en una habitación en el piso superior del café. Una estudiante a quien le había prestado el estudio de la calle Bardinet durante su estancia en la clínica había dejado una caja de ampollas de morfina, que él utilizó gota a gota. No he encontrado el nombre de dicha estudiante.

Murió a causa del tétanos el 31 de diciembre de 1943 en el hospital Broussais, a la edad de treinta y seis años. Uno de los dos libros de poemas que publicó antes de la guerra se titulaba *La vida, el amor, la muerte, el vacío y el viento*.

Muchas personas cercanas a las que no llegué a conocer desaparecieron en 1945, año de mi nacimiento.

En el piso del número 15 del paseo de Conti, donde vivía mi padre desde 1942 —el mismo que había ocupado Maurice Sachs el año anterior—, yo tenía mi habitación, que, al igual que el cuarto principal, daba al patio. Maurice Sachs cuenta que solía cederle su vivienda a un tal Albert, apodado *el Cebú*. Éste recibía «a

un grupo de actores que soñaban con formar una compañía y a adolescentes que comenzaban a escribir». El tal *Cebú*, Albert Sciaky, se llamaba igual que mi padre y pertenecía también a una familia judía italiana de Salónica y en 1938, al igual que yo treinta años más tarde, había publicado, a los veintiún años, en Gallimard, su primera novela con el seudónimo de François Vernet. En seguida, se había enrolado en la Resistencia. Los alemanes lo detuvieron. Escribió en la pared de la celda 218, décima división de Fresnes: «Cebú detenido el 10.2.44. En régimen de castigo durante 3 meses, interrogado del 9 al 28 de mayo, ha pasado revista el 8 de junio, 2 días después del desembarco aliado».

Salió del campo de Compiegne en el convoy del 2 de julio de 1944 y murió en Dachau en marzo de 1945.

Así, en el piso donde Sachs se dedicaba al tráfico de oro y donde más tarde mi padre se ocultaría bajo una falsa identidad, *Cebú* había ocupado mi habitación infantil. Otros como él, justo antes de mi nacimiento, habían agotado todos los padecimientos para que otros pudiéramos experimentar pequeños contratiempos. Me di cuenta de ello a los dieciocho años, después del viaje que realicé con mi padre en el coche celular, trayecto que sólo era una repetición inocua y una parodia de otros viajes, en los mismos vehículos y hacia las mismas comisarías de policía, de los que no se regresaba a casa a pie, como yo. La tarde del 31 de diciembre oscureció muy pronto, como hoy; yo tenía veintitrés años y recuerdo que le hice una visita al doctor Ferdiere. Este hombre me demostraba una gran simpatía en un período lleno de angustia e incertidumbre para mí. Sabía vagamente que había acogido a Antonin Artaud en el hospital psiquiátrico de Rodez y que había intentado someterlo a tratamiento. Pero lo que aquella tarde me impresionó fue una coincidencia: le había llevado al doctor un ejemplar de mi primer libro, *La Place de l'Étoile* y le había sorprendido el título. Buscó en su biblioteca un pequeño volumen de color gris y me lo enseñó: *La Place de l'Étoile* de Robert Desnos[3], de quien había sido amigo. El propio doctor Ferdiere había editado esa obra en Rodez algunos meses después de morir Desnos en el campo de Terezín, en 1945, año en que nací. Ignoraba que Desnos hubiera escrito *La Place de l'Étoile*. Le había robado, involuntariamente, el título.

Hace dos meses un amigo mío encontró en los archivos del Yivo Institute de Nueva York este documento, entre otros muchos de la antigua Unión general de israelitas de Francia, organismo creado durante la Ocupación:

3 L/SBL/

17 de junio de 1942 0032
Nota para la señorita Salomon
Dora Bruder fue devuelta a su madre el 15 de los corrientes, gracias a las gestiones de la comisaría de policía del barrio de Clignancourt.
Dadas sus repetidas fugas parece indicado pedir su admisión en una casa de reeducación juvenil.
Debido al internamiento de su padre y al estado de indigencia de su madre, los asistentes sociales de la policía (muelle de Gesvres) harán lo oportuno si se lo solicitan.

De modo que Dora Bruder, después de regresar al domicilio materno el 17 de abril de 1942, había vuelto a fugarse. En cuanto a la duración de esa segunda fuga nunca sabremos nada. ¿Un mes, un mes y medio robado a la primavera de 1942? ¿Una semana? ¿En qué circunstancias fue aprehendida y conducida a comisaría?

A partir del 7 de junio los judíos fueron obligados a llevar la estrella amarilla. Aquellos cuyo apellido comenzaba con A y B habían ido a buscar las insignias a la comisaría desde el martes 2 de junio y habían firmado los registros abiertos al efecto. ¿Llevaba Dora Bruder la estrella en el momento en que fue conducida a la comisaría? Lo dudo cuando pienso en lo que me dijo de ella su prima. Un carácter rebelde e independiente. Y además era muy probable que aún se hallara fugada antes de principios de junio.

¿La detuvieron en la calle porque no llevaba la estrella? He encontrado la circular del 6 de junio de 1942 en la que se especifica la suerte de quienes eran cogidos en falta de la octava ordenanza relativa a la insignia:

El Director de la Policía Judicial y el Director de la Policía Municipal:

A los señores comisarios de división, comisarios de la vía pública de distrito, comisarios de los barrios de París y todos los demás servicios de policía municipal y de policía judicial (en comunicación con la Dirección de información general, Dirección de servicios técnicos, Dirección de extranjeros y asuntos judíos…)

Procedimiento:

1. *Judíos; hombres mayores de 18 años en adelante:*
   Todo judío que infrinja la ordenanza será enviado a prisión preventiva por el comisario de la vía pública con una orden especial e individual, cumplimentada en original y copia (la copia está destinada al señor Roux, comisario de división, jefe de los grupos de circulación, sección de prisión preventiva). Dicha orden especificará, además del lugar, el día, la hora y las circunstancias de la detención, el apellido, el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento, situación familiar, profesión, domicilio y nacionalidad del detenido administrativo.
2. *Menores de ambos sexos de 16 a 18 años y mujeres judías:*
   Serán igualmente enviados a prisión preventiva por iniciativa de los comisarios de la vía pública siguiendo las modalidades enunciadas más arriba.

El servicio permanente de la prisión preventiva transmitirá el original de las órdenes de envío a la Dirección de extranjeros y de asuntos judíos, el cual, a la vista del informe de la autoridad alemana, decidirá acerca de cada caso. Nadie podrá ser puesto en libertad sin una orden escrita emanada de esta Dirección.

TANGUY Dirección de Policía Judicial HENNEQUIN Dirección de Policía Municipal

Centenares de adolescentes como Dora fueron detenidos ese mes de junio en las calles, según las consignas precisas y detalladas de los señores Tanguy y Hennequin. Todos ellos pasaron por la prisión preventiva y por Drancy antes de ser enviados a Auschwitz. Está claro que las «órdenes de envío especiales e individuales», al igual que la copia para el señor Roux, fueron destruidas después de la guerra o quizá a medida que se efectuaban las detenciones. Pero quedan algunas, dejadas por descuido:

Informe del 25 de agosto de 1942.

Enviados a prisión preventiva por no llevar la insignia judía:

Sterman, Esther, nacida el 13 de junio de 1926, en París, distrito 12.°, calle de Francs-Burgeois, 42, 4.°.

Rotsztein, Benjamin, nacido el 19 de diciembre de 1922 en Varsovia, calle de Francs-Burgeois, 5, detenidos en la estación de Austerlitz por inspectores de la 3.ª sección de información general.

Informe de la policía con fecha 1 de septiembre de 1942.

Los inspectores Curinier y Lasalle al señor Comisario principal, jefe de la Brigada Especial:

Ponemos a su disposición a Jacobson, Louise, nacida el veinticuatro de diciembre de mil novecientos veinticuatro en París, distrito doce […] desde mil novecientos veinticinco, de nacionalidad francesa por naturalización, de raza judía, soltera.

Domiciliada en casa de su madre, calle Boulets, 8, distrito 11.°, estudiante.

Detenida en este día a las catorce horas, en el domicilio de su madre, en las siguientes circunstancias:

En el momento en que procedíamos a una visita domiciliaria en el lugar arriba mencionado, la joven Jacobson llegó y nos apercibimos de que no llevaba la insignia propia de los judíos como prescribe la ordenanza alemana.

Declaró haber salido de casa a las ocho horas treinta minutos y haber ido a un curso de preparación para el bachillerato al liceo
Henri IV,
calle Clovis.

Además, vecinos de esta joven declararon que salía a menudo de casa sin la insignia.

La señorita Jacobson no consta en los archivos de nuestra dirección ni en los sumarios judiciales.

17 de mayo de 1944. Ayer a las 22.45 horas, durante una ronda, dos agentes de orden público del distrito 18.° detuvieron al judío francés Barmann, Jules, nacido el 25 de marzo de 1925 en París 10.°, domiciliado en el 40 bis de la calle Ruisseau (18.º) el cual, al ser interpelado por los guardias, se dio a la fuga, estando desprovisto de la estrella amarilla. Los agentes dispararon tres veces en la dirección que tomó y lo detuvieron en el octavo piso del edificio de la calle Charles-Nodier, 12 (18.°) donde se había refugiado.

Pero, según la «Nota para la señorita Salomon», Dora Bruder fue devuelta a su madre. Llevase o no la estrella —su madre debía de llevarla desde hacía una semana—, el caso es que la comisaría de Clignancourt no hizo aquel día ninguna diferencia entre Dora y cualquier otra chica fugada. A menos que fueran esos mismos policías los que redactaran la «Nota para la señorita Salomon».

No he encontrado ninguna pista de la señorita Salomon. ¿Vive aún? Por lo que parece, trabajaba para la UGIF, un organismo dirigido por notables israelitas franceses y que agrupaba durante la Ocupación todas las obras de asistencia destinadas a la comunidad judía. La Unión general de israelitas de Francia jugó un papel de cierta relevancia en la asistencia a gran número de judíos, pero desgraciadamente tenía un origen ambiguo ya que fue creada por iniciativa de los alemanes y del gobierno de Vichy; los alemanes pensaban que un organismo semejante bajo su control serviría a sus designios, como las *Judenrate* que habían creado en las ciudades de Polonia.

Los notables y el personal de la UGIF llevaban encima una carta llamada «de legitimación» que los mantenía a salvo de redadas e internamientos. Pero pronto esa patente de corso se revelaría ilusoria. A partir de 1943 centenares de dirigentes y empleados de la UGIF fueron detenidos y deportados. En la lista de estos últimos encontré una Alice Salomon que trabajaba en la zona libre. Dudo que se tratara de la señorita Salomon a quien estaba dirigida la nota sobre Dora.

¿Quién escribió esa nota? Un empleado de la UGIF.

Lo que significa que desde hacía un tiempo conocían la existencia de Dora y de sus padres. Es probable que Cécile Bruder hubiera recurrido a dicho organismo, desesperada como la mayor parte de judíos, que vivían en una extrema precariedad y carecían de recursos. Era el único medio de tener noticias de su marido, internado en el campo de Drancy desde marzo, y hacerle llegar paquetes. Y tal vez pensaba que con ayuda de la UGIF acabaría por hallar a su hija.

«Las asistentes sociales de la policía (muelle de Gesvres) harán lo oportuno si se lo solicitan». Eran veinte y dependían, aquel año de 1942, de la Brigada de protección de menores de la Policía judicial. Formaban una sección autónoma dirigida por una ayudante-jefe de policía.

He encontrado una foto de dos de ellas tomada en esa época. Su edad ronda los veinticinco años. Llevan abrigo negro —o azul marino— y una especie de gorra con un escudo con dos P: Prefectura de Policía. La de la izquierda, una morena con una cabellera que le cae casi hasta los hombros, lleva un bolso con correa en la mano. La otra parece llevar los labios pintados. Detrás de la morena, en la pared, dos placas en las que se lee:

AYUDANTES DE POLICIA. Debajo, una flecha. Abajo: «Horario de 9.30 h a 12 h»

La cabeza y la gorra de la morena ocultan la mitad de los rótulos de la placa inferior. Pero se puede leer de todos modos:

Sección de… INSPECTORES

Abajo, una flecha: «Pasillo derecho, puerta…». Nunca conoceremos el número de esa puerta.

Me pregunto qué pasó con Dora entre el 15 de junio, cuando entró en comisaría, y el 17 de junio, el día de la «Nota para la señorita Salomon». ¿La dejaron salir de la comisaría con su madre?

Si pudo abandonar el puesto de policía y volver al hotel Ornano en compañía de su madre —estaba muy cerca, bastaba seguir la calle Hermel— quiere decir que la fueron a buscar tres días más tarde, después de que la señorita Salomon entrase en contacto con las asistentes sociales de la policía del muelle de Gesvres.

Sin embargo, tengo la impresión de que las cosas no fueron tan sencillas. Caminando por la calle Hermel en ambos sentidos, hacia la Butte Montmarte o hacia el bulevar Ornano, cierro los ojos y me cuesta imaginar a Dora y a su madre andando a lo largo de la calle hacia su habitación de hotel ese mediodía soleado de junio como si se tratase de un día cualquiera.

Estoy seguro de que el 15 de junio, en la comisaría del barrio de Clignancourt se puso en movimiento un engranaje contra el que ni Dora ni su madre podían hacer nada. Llega un momento en que los niños experimentan necesidades más grandes que las de sus padres y adoptan una actitud ante la adversidad más drástica que la de ellos. Y los dejan atrás, lejos, muy lejos. Y ellos ya no pueden protegerlos.

Frente a los policías, a la señorita Salomon, a las asistentes sociales de la Prefectura, a las ordenanzas alemanas y las leyes francesas, Cécile Bruder debía de sentirse muy vulnerable, con su estrella amarilla, su

marido internado en el campo de Drancy y su «situación de indigencia». Y muy desamparada ante Dora, que se mostraba rebelde y había querido, varias veces, desgarrar la red tendida entre ella y sus padres.

«Dadas sus reiteradas fugas, parece indicado pedir su admisión en una casa de reeducación juvenil».

Quizá Dora fuera llevada desde la comisaría a la prisión preventiva de la Prefectura de policía, como era costumbre. En ese caso habría visto la gran sala con tragaluz, las celdas y los jergones en los que se hacinaban judíos, prostitutas, «comunes» y «políticos». Supo también de las chinches, del infecto olor reinante y de las guardianas, las amedrentadoras monjas vestidas de negro, con su velito azul, y de las cuales era inútil esperar misericordia.

O bien la condujeron directamente al muelle de Gesvres, horario de 9.30 h a 12 h. Hubiera seguido entonces el pasillo, a la derecha, hasta esa puerta de la que nunca sabremos el número.

En todo caso, el 19 de junio de 1942 debió de subir a un coche celular, donde se encontraban ya otras cinco chicas de su edad. A no ser que a esas cinco jóvenes las hubiesen recogido en la ronda de comisarías. El vehículo las condujo hasta el centro de internamiento de Tourelles, bulevar Mortier, en la puerta de Lilas.

Existe un registro de Tourelles del año 1942. En la cubierta se lee: MUJERES. En él se consignaban los nombres de las internadas a medida que llegaban. Se trataba de mujeres detenidas por actos de resistencia, comunistas y, hasta agosto de 1942, judías que habían cometido alguna infracción de las ordenanzas alemanas: prohibición de salir después de las ocho de la noche, obligación de llevar la estrella amarilla, prohibición de pasar la línea de demarcación, prohibición de utilizar el teléfono, poseer una bicicleta, un receptor de radio…

Con fecha de 19 de junio de 1942 se lee:

> Entradas 19 de junio de 1942.
> 439. 19.6.42. *5.ª Bruder Dora, 25.2.26. París 12.º Francesa. Av. Ornano, 41.J. xx Drancy, 13/8/42.*

Los nombres siguientes corresponden a los de las otras cinco chicas, todas de las misma edad que Dora:

1. 19.6.42. *5.ª Winerbett Claudine. 26.11.24. París 9.º Francesa. Calle Moines, 82.J. xx Drancy, 13/8/42.*
2. 19.6.42. *5.ª Strohlitz Zélie. 4.2.26. París U.ª Francesa. Calle Moliere, 48. Montreuil. J. Drancy, 13/8/42.*
3. 19.6.42, *Israelowicz Raca. 19.7.1924. Lodz. ind. J. Calle (ilegible), 26. Devuelta autoridades alemanas convoy 19/7/42.*
4. 19.6.42, *Nachmanowicz Marthe. 23.3.25. París. Francesa. Calle Marcadet, 258.J. xx Drancy, 13/8/42.*
5. 19.6.42. *5.ª Pitoun Yvonne. 27.1.25. Argelia. Francesa. Calle Marcel-Sembat, 3.J. xx Drancy, 13/8/42.*

Los gendarmes le asignaban a cada una un número de registro. A Dora, el número 439. Ignoro el significado de la cifra *5. a.* La letra J quería decir judía. Drancy, 13/8/42 ha sido añadido cada vez: el 13 de agosto de 1942 las trescientas mujeres judías que aún estaban internadas en Tourelles fueron trasladadas al campo de Drancy.

El jueves 19 de junio, el día en que Dora llegó a Tourelles, reunieron a todas las mujeres en el patio del cuartel después del desayuno. Estaban presentes tres oficiales alemanes. Se ordenó ponerse en fila, de espaldas, a las judías entre dieciocho y cuarenta y dos años. Uno de los alemanes tenía ya una lista completa y las fue llamando de una en una. Las otras volvieron a sus habitaciones. Las sesenta y seis mujeres separadas de este modo de sus compañeras fueron encerradas en una gran sala vacía, sin una sola cama, sin un solo asiento, donde quedaron aisladas durante tres días, con los gendarmes de guardia ante la puerta.

El domingo 22 de junio, a las cinco de la mañana, varios autobuses fueron a buscarlas para llevárselas al campo de Drancy. Ese mismo día fueron deportadas en un convoy con más de novecientos hombres. Era el primero que salía de Francia con mujeres. La amenaza que se cernía sin que pudiera dársele un nombre y que acababa olvidándose se hizo realidad para las judías de Tourelles. Y durante los primeros días de su internamiento Dora vivió en ese clima opresivo. La mañana del domingo, cuando aún era de noche, vio partir a través de los cristales de las ventanas cerradas, como sus demás compañeras de internamiento, a las sesenta y seis mujeres.

Un funcionario de policía firmó el 18 de junio, o el 19, la orden de envío de Dora Bruder al campo de

Tourelles. ¿Fue en la comisaría de Clignancourt o en el muelle de Gesvres? Esta orden de envío debía estar cumplimentada en dos ejemplares y había que remitirla a los conductores de los coches celulares, sellada y firmada. ¿Midió ese funcionario la importancia de su gesto en el momento de firmar? Para él sólo se trataba de una firma de rutina y, además, al lugar donde se enviaba a la joven lo designaban en la Prefectura con una expresión tranquilizadora: «Albergue. Residencia vigilada».

He podido identificar a algunas de las mujeres que partieron el domingo 22 de junio, a las cinco de la mañana, y que Dora se cruzó al llegar el jueves a Tourelles.

Claudette Bloch tenía treinta y dos años. Había sido detenida cuando iba a la avenida Foch, a la sede de la Gestapo, a pedir noticias de su marido, arrestado en diciembre de 1941. Fue una de las escasas personas del convoy que sobrevivieron.

Josette Delimal tenía veintiún años. Claudette Bloch la había conocido en la prisión preventiva de la Prefectura de policía antes de que ambas fueran internadas en Tourelles, el mismo día. Según su testimonio, Josette Delimal «había sobrellevado una vida muy dura antes de la guerra y no había hecho acopio de la energía que se extrae de los recuerdos felices. Se hallaba completamente hundida. Yo la animaba cuanto podía […]. Cuando nos condujeron al dormitorio y nos asignaron una cama, pedí con insistencia que no nos separasen. No nos separamos hasta que nos llevaron a Auschwitz, donde el tifus se la llevó pronto». Esto es lo poco que sé de Josette Delimal. Me gustaría saber más.

Tamara Isserlis. Tenía veinticuatro años. Estudiante de medicina. Había sido arrestada en el metro de Cluny por llevar «la bandera francesa bajo la estrella de David». Su carnet de identidad, que ha sido encontrado, indica que vivía en la calle de Buzenval, 10, en Saint Cloud. Tenía el rostro ovalado, el cabello castaño rubio y los ojos negros.

Ida Levine. Veintinueve años. Quedan algunas de las cartas a su familia, que escribía desde la prisión preventiva, y luego desde el campo de Tourelles. Había tirado su última carta desde el tren, en la estación de Barle-Duc, y los ferroviarios la enviaron. Decía: «Salgo con destino desconocido, pero el tren desde el que os escribo se dirige al este: es posible que vayamos bastante lejos…».

Hena. La llamaré por su nombre de pila. Tenía diecinueve años. Fue detenida por desvalijar un piso, ella y su amigo, y robar ciento cincuenta mil francos de la época y joyas. Tal vez soñaba con abandonar Francia con ese dinero y escapar a las amenazas que pesaban sobre su vida. Tuvo que comparecer ante un tribunal correccional. La condenaron por robo. Como era judía, no la encerraron en una prisión ordinaria sino en Tourelles. Me siento solidario con ese desvalijamiento. También mi padre había robado, en 1942, junto con otros cómplices, los *stocks* de cojinetes a bolas de la empresa SKF, en la avenida de la Grande-Armée, y habían cargado la mercancía en camiones para llevarla a su almacén de mercado negro, en la avenida Hoche. Ya que las ordenanzas alemanas, las leyes de Vichy, los artículos de los periódicos no les concedían otro estatus que el de apestados y de delincuentes comunes, era legítimo que obrasen como forajidos a fin de sobrevivir. Eso los honra y los amo por eso.

Lo que sé sobre Hena se resume en pocas palabras: había nacido el 11 de diciembre de 1922, en Pruszkow, Polonia, y vivía en la calle Oberkampf, 142, una calle cuya cuesta he subido, como ella, muchas veces.

Annette Zelman. Tenía veintiún años. Era rubia.

Domiciliada en el bulevar de Strasbourg, 58. Vivía con un joven, Jean Jausion, hijo de un profesor de medicina. Había publicado sus primeros poemas en una revista surrealista, *Les Réverberes*, que había fundado con sus amigos poco antes de la guerra.

En 1942 a Annette Zelman y Jean Jausion se les veía a menudo en el café de Flore. Se refugiaron durante un tiempo en la zona libre. Y luego la desgracia había caído sobre ellos. Está resumida en la carta de un oficial de la Gestapo:

> *21 de mayo de los corrientes: Matrimonio entre judíos y no judíos.*
>
> *He sabido que el súbdito francés (ario) Jean Jausion, estudiante de filosofía, 24 años, domiciliado en París, tiene la intención de casarse en Pentecostés con la judía Anna Malka Zelman, nacida el 6 de octubre de 1921 en Nancy.*
>
> *Los propios padres de Jausion desearían impedir como fuese esta unión, pero no saben cómo hacerlo.*
>
> *Por consiguiente, he ordenado la detención de la judía Zelman y su internamiento en el campo del cuartel de Tourelles…*

Y una ficha de la policía francesa:

Annette Zelman, judía, nacida en Nancy el 6 de octubre de 1921. Francesa: detenida el 23 de mayo de 1942. Encarcelada en la prisión preventiva de la Prefectura de policía del 23 de mayo al 10 de junio, trasladada a Alemania el 22 de junio. Motivo de la detención: proyecto de boda con un ario, Jean Jausion. Los novios han declarado por escrito que renuncian a cualquier proyecto de unión, conforme a los deseos del doctor H. Jausion, que quería que fueran disuadidos y que la joven Zelman fuera devuelta a su familia sin ser molestada.

Pero aquel médico, que utilizaba extraños medios de disuasión, era muy ingenuo: la policía no devolvió a Annette Zelman a su familia.

Jean Jausion partió como corresponsal de guerra el otoño de 1944. He encontrado el siguiente anuncio en un diario del 11 de noviembre de 1944:

Se busca. La dirección de nuestra publicación Franc-Tireur les estaría agradecida a las personas que pudieran dar noticias sobre la desaparición de uno de sus colaboradores, Jean Jausion, nacido el 20 de agosto de 1917 en Toulouse, domiciliado en la calle Théodore-de-Banville, 21, París. Salió el 6 de septiembre como reportero de Franc-Tireur con una joven pareja de maquis veteranos, los Leconte, en un Citröen 11 negro, tracción delantera, matrícula RN 6283, llevando detrás la inscripción Franc-Tireur de color blanco.

He oído decir que Jean Jausion había lanzado su coche contra una columna alemana. Los había ametrallado antes de que pudieran responder y había encontrado la muerte que había ido a buscar.

El año siguiente, 1945, apareció un libro de Jean Jausion. Se titulaba *Un hombre camina por la ciudad*.

Hace dos años encontré por casualidad, en una librería de los muelles del Sena, la última carta de un hombre que partió en el convoy del 22 de junio, con Claudette Bloch, Josette Delimal, Tamara Isserlis, Hena, Annette, la novia de Jean Jausion…

La carta estaba en venta, como cualquier otro autógrafo, lo que quería decir que sus destinatarios y sus parientes más próximos habían desaparecido también. Un pequeño cuadrado de papel cubierto por ambas caras de una escritura minúscula. La había escrito un tal Robert Tartakovsky en el campo de Drancy. He sabido que había nacido en Odesa, el 24 de noviembre de 1902, y que había tenido una sección de arte en el diario

L'Illustration

antes de la guerra. Copio la carta, este miércoles 29 de enero de 1997, cincuenta y cinco años después.

19 de junio de 1942. Viernes. Señora TARTAKOVSKY.
Calle de Godefroy-Cavaignac, 50.
París XI

.

Anteayer me llamaron para salir. Estaba preparado moralmente desde hace tiempo. El campo está atestado, muchos lloran, tienen miedo. Lo único que me fastidia es que no me ha llegado la ropa que había pedido hace ya tiempo. Os he enviado un bono de paquete indumentario: ¿tendré a tiempo lo que necesito? No quisiera que mi madre, ni nadie, se preocupara por mí. Haré lo posible por regresar sano y salvo. Si no tenéis noticias no os preocupéis, si es necesario acudid a la Cruz Roja. Reclamad en la comisaría de Saint-Lambert (ayuntamiento del
distrito XV
), metro Vaugirard, los papeles retenidos el 3/5. Reclamad mi certificado de voluntario número 10107, no sé si está en el campo y si me lo devolverán. Os ruego que llevéis una prueba de imprenta de Albertine a casa de la señora BIANOVICI, *calle Deguerry, 14, París,* XI; *es para un compañero de habitación. Dicha persona os dará mil doscientos francos. Escribidle antes para estar seguros de encontrarlo. El escultor será llamado por los Trois Quartiers a su galería de arte, es resultado de mis gestiones con el señor Gompel, internado en Drancy: si la galería quisiera la totalidad de la edición, reservad de todas maneras tres pruebas, diréis que ya han sido vendidas o que están reservadas para el editor. Si el molde aguanta, siguiendo el mencionado pedido, podéis tirar dos pruebas más de lo pensado. Desearía que no os atormentaseis y que Marthe se fuera de vacaciones. Mi silencio no significará nunca que la cosa va mal. Si esta nota os llega a tiempo enviadme el máximo de paquetes de comida, no voy a vigilar mi peso. Os devolverán la vajilla, están prohibidos los cuchillos, hojas de afeitar, estilográficas, etc. Incluso las agujas.*

En fin, me las apañaré como pueda. Se agradecerían galletas de soldado o pan ázimo. En mis cartas anteriores os hablaba de un compañero llamado PERSIMAGT, mirad por él en la embajada de Suecia (frene), es bastante más alto que yo y va hecho un mendigo (ver Gattegno, calle Grande-Chaumiere, 13). Os agradecería me enviarais una o dos buenas pastillas de jabón, jabón de afeitar, brocha, cepillo de dientes y cortaúñas; todo se mezcla en mi mente, me gustaría mezclar lo práctico con todo lo que querría deciros. Salimos cerca de un millar de personas. También hay arios en el campo. Se les obliga a llevar la insignia judía. Ayer el capitán alemán Doncker vino al campo, ha sido una huida loca. Recomendad a todos los amigos que se marchen si pueden, que busquen aires mejores en otra parte, pues aquí hay que abandonar toda esperanza. No sé si nos llevarán a Compiegne antes del gran viaje. No os envío ropa interior, ya la lavaré yo mismo. La cobardía de la mayor parte de la gente de aquí me horroriza. Me pregunto qué harán cuando estemos allá lejos. Visitad a la señora Salzman, no para pedirle nada sino para informaros. Quizá encuentre aquí al que Jacqueline quería liberar. Recomendadle prudencia a mi madre, hay detenciones cada día, aquí hay jóvenes de 17 y 18 años y viejos de 72. Hasta el lunes por la mañana podéis enviar, incluso varias veces, paquetes. Telefonead a la UGIF, calle de la Bienfaisance, y si ya no funciona no dejéis que os manden a paseo, aceptarán los paquetes que enviéis a las direcciones habituales. No he querido alarmaros en mis cartas anteriores a pesar de que me sorprendió no recibir lo que debía constituir mi equipo de viaje. Tengo intención de enviarle mi reloj, y quizá mi estilográfica, a Marthe, se los confiaré a B. En los paquetes de comida no metáis nada que se estropee por si tienen que viajar detrás de mí. Fotos sin correspondencia en paquetes de comida o ropa interior. Probablemente os remita los libros de arte, que os agradezco mucho. Seguramente estaré fuera todo el invierno, estoy preparado, no os preocupéis. Releed mis cartas. Veréis lo que me hace falta y que ahora no me viene a la cabeza. Ropa de lana que zurcir. Bufanda. Stérogyl15. El azúcar se pulveriza en el frasco de metal de mi madre. Lo que me fastidia es que rapan a todos los deportados y que eso los identifica aún más que la insignia. En caso de que el Ejército de Salvación se disperse, queda el centro, al que enviaré noticias, avisad a Irene.

Sábado, 20 de junio de 1942. Mis tres queridas: ayer recibí paquetes, gracias por todo. No sé, pero temo una partida precipitada. Hoy me van a pelar al cero. A partir de esta noche los que vayan a salir serán encerrados en un cuerpo de edificio especial y vigilados de cerca, acompañados incluso al váter por un gendarme. Una atmósfera siniestra se cierne por todo el campo. No creo que pasemos por Compiegne. Sé que nos van a dar víveres para tres días de viaje. Temo partir antes de recibir más paquetes, pero no os preocupéis, el último ha sido muy abundante y además aún me quedaba todo el chocolate, las conservas y el salchichón. Estad tranquilas, os tendré en mi pensamiento. Querría confiarle mis discos de Petrouchka a Marthe el 28/7, es una grabación completa en 4 d. Vi ayer por la noche a B. para agradecerle sus atenciones, él sabe que he defendido desde aquí las obras del escultor ante personalidades. Soy feliz fotos recientes que no le he enseñado a B., me he disculpado por no darle fotos de la obra, pero le he dicho que puede pedirlas por su cuenta. Lamento interrumpir las ediciones, pero si vuelvo pronto ya habrá tiempo de continuar. Me gusta la escultura de Lenroy, habría editado con gusto una reproducción reducida a la medida de mis posibilidades, y a pocas horas de mi partida la idea no me deja.

Os pido que acompañéis a mi madre, pero sin desatender vuestras necesidades, claro. Transmitidle a Irene, su vecina, mi ruego. Mirad de telefonear al doctor André ABADI (si aún se halla en París). Decidle a André que encontré a la persona de la cual tiene la dirección el 1 de mayo pero que me detuvieron el 3 (¿es una coincidencia?). Quizá esta nota desordenada os asombre, pero el ambiente es penoso, son las 6.30 h de la mañana. Tengo que enviar en seguida lo que no me voy a llevar, temo llevarme demasiado. Si les apetece, los que registran pueden enviar una maleta a paseo si falta sitio o según estén de humor (son miembros de la policía para asuntos judíos, colaboracionistas o chivatos). Sin embargo, me vendrá bien. Haré una selección. Cuando dejéis de tener noticias mías no os apuréis, no corráis, tened paciencia, tened confianza en mí, decidle a mi madre que prefiero hacer este viaje, pues he visto partir a otros (ya os lo he dicho) hacia el Más Allá. Lo que me deprime es tener que separarme de mi estilográfica, no tener derecho a tener papel (un pensamiento ridículo me pasa por la cabeza: los cuchillos están prohibidos y yo no poseo ni un simple abrelatas). No exagero, no me apetece ni está el ambiente para eso: los enfermos y los inválidos también van a partir, y en número importante. Pienso en Rd.; espero que se halle definitivamente a salvo. En casa de Jacques Daumal tengo toda clase de cosas. Creo que es inútil sacar libros de casa, pero sois dueñas de hacerla. ¡Mientras tengamos buen tiempo durante el viaje! Ocupaos de los subsidios de mi madre, que la ayuden los de la UGIF. Espero que ya os hayáis reconciliado con Jacqueline: es desconcertante pero en el fondo es una chica muy maja (el tiempo se aclara, va a hacer un buen día). No sé si habéis recibido mi carta ordinaria y si me contestaréis antes de salir. Pienso en mi madre, en vosotras. En todos los compañeros que tan afectuosamente me han ayudado a conservar mi libertad. Gracias de todo corazón a

los que me han ayudado a «pasar el invierno». Voy a dejar esta carta sin acabar. Tengo que preparar la bolsa. A toda prisa. Estilográfica y reloj a Marthe, diga lo que diga mi madre, esta nota para el caso de que no pueda continuar. Mamá querida, y vosotras, queridas mías, os abrazo con emoción. Sed valientes. Hasta pronto, ya son las 7.

Durante dos domingos de abril de 1996 recorrí los barrios del este, donde estaban ubicados el internado del Sagrado Corazón de María y el campo de Tourelles, con la esperanza de encontrar huellas de Dora Bruder. Me parecía mejor hacerlo en domingo, cuando la ciudad está desierta, en bajamar.

No queda nada del Sagrado Corazón de María. Un bloque de pisos modernos se alza en la esquina de la calle Picpus con la de Estación de Reuilly. Parte de los edificios llevan los últimos números impares de esa calle, donde estaban antes los muros sombreados de árboles del pensionado. Un poco más lejos, y enfrente, lado de los pares, la calle no ha cambiado.

Cuesta creer que en el 48 bis, cuyas ventanas daban al jardín del Sagrado Corazón de María, la policía detuviera a nueve niños y adolescentes una mañana de julio de 1942, mientras Dora Bruder era internada en el campo de Tourelles. Se trata de un edificio de cinco plantas de ladrillo claro. Dos ventanas en cada piso encuadran otras dos ventanas más pequeñas. El número 40, al lado, es un edificio grisáceo en fase de reforma. Delante, se alzan un muro de ladrillo y una reja. Enfrente, en la misma acera que bordeaba el muro del pensionado, hay pequeños edificios que se han conservado tal como eran. En el número 54, justo antes de llegar a la calle Picpus, había un café regentado por una tal señorita Lenzi.

De repente tuve la certidumbre de que la tarde de su fuga Dora se había alejado del pensionado siguiendo la calle de la Estación de Reuilly. La veía, recorriendo el muro del pensionado. Quizá porque la palabra «estación» evoca el acto de huir.

Al cabo de un rato de caminar por el barrio sentí el peso de la tristeza de otros domingos, cuando había que regresar al internado. Estaba seguro de que ella bajaba en el metro de Nation. Retrasaba el momento en que franquearía el porche y atravesaría el patio. Se paseaba un poco más, al azar, por el barrio. La tarde caía. La avenida Saint-Mandé es tranquila, bordeada de árboles. He olvidado si había alguna explanada. Se pasa por delante de la antigua boca de metro de Picpus. ¿Salía a veces por aquella boca? A la derecha, la avenida Picpus es más fría y desolada que la avenida Saint-Mandé. Sin árboles, creo. Qué soledad la de esos regresos el domingo por la tarde.

El bulevar Mortier está en cuesta. Baja hacia el sur.

Para llegar hasta él, aquel domingo 28 de abril de 1996, hice el siguiente recorrido: calle Archives. Calle Bretagne o Calle de las Hijas del Calvario. Luego subí por la calle Oberkampf, donde había vivido Hena.

A la derecha, el panorama de árboles a lo largo de la calle Pyrénées. Calle Ménilmontant. Bajo el sol, los bloques de pisos del número 140 se encontraban desiertos. En el último tramo de la calle Saint-Fargeau tenía la impresión de recorrer un pueblo abandonado.

El bulevar Mortier está bordeado de plátanos.

Donde acaba, justo antes de llegar a la puerta de Lilas, aún se pueden ver los edificios del cuartel de Tourelles.

Aquel domingo el bulevar estaba desierto y sumido en un silencio tan profundo que se escuchaban los susurros de los plátanos. Un alto muro rodea el antiguo cuartel de Tourelles y oculta los edificios. Recorrí el muro. Había una placa en la que pude leer:

ZONA MILITAR
PROHIBIDO FILMAR Y HACER FOTOGRAFÍAS

Me dije que nadie se acordaba de nada. Tras el muro se extendía una tierra de nadie, una zona de vacío y de olvido. Los viejos edificios de Tourelles no habían sido derribados como el pensionado de la calle Picpus, pero esto carecería de importancia y no obstante, bajo aquel denso manto de olvido, se oía, de cuando en cuando, algo, un eco lejano, ahogado, pero era imposible saber exactamente qué. Era como encontrarse al borde de un campo magnético sin péndulo para captar las ondas. En la duda y por mala conciencia habían colgado el cartel de «Zona militar. Prohibido filmar y hacer fotografías».

A los veinte años, en otro barrio de París, recuerdo haber experimentado sin saber por qué la misma sensación de vacío que ante el muro de Tourelles.

Tenía una amiga que se las arreglaba para vivir en pisos o casas de campo ajenos. Yo aprovechaba para limpiar las bibliotecas de obras de arte y ejemplares numerados y luego los revendía. Un día, en un piso de la calle Regard en el que nos encontrábamos solos, robé una caja de música de anticuario y, después de

registrar los armarios, me llevé también varios trajes muy elegantes, camisas y una docena de pares de zapatos caros. Busqué en el listín a un chamarilero al cual revendérselo todo y encontré uno en la calle Jardins-Saint-Paul.

Esta calle arranca del Sena, en el muelle de Célestins, y confluye con la calle Charlemagne, cerca del liceo donde había pasado los exámenes de bachillerato el año anterior. En los bajos de uno de los últimos edificios, en el lado de los pares, justo antes de llegar a la calle Charlemagne, veo una persiana metálica oxidada y levantada a medias. Penetro en un almacén donde se amontonan muebles, vestidos, chatarra, piezas de automóvil. Me recibe un hombre de unos cuarenta años y me propone amablemente ir a buscar la «mercancía» unos días después.

Nos despedimos, recorro la calle Jardins-Saint-Paul, hacia el Sena. Todos los edificios de la calle, lado de los impares, habían sido derribados poco tiempo antes. Y luego otros. En su lugar no quedaba más que un solar, cercado también por restos de edificios medio derruidos. Aún se veían, en las paredes a cielo abierto, papeles pintados de antiguas habitaciones, marcas de conductos de chimeneas. Se habría dicho que el barrio había padecido un bombardeo, y la impresión de vacío era aún más intensa a causa de la fuga de aquellas calles hacia el Sena.

El domingo siguiente el chamarilero fue al bulevar Kellermann, cerca de la puerta de Gentilly, a casa del padre de mi amiga, donde lo había citado para entregarle la mercancía. Cargó en su coche la caja de música, los trajes, las camisas, los zapatos. Me pagó setecientos francos de entonces por todo.

Me propuso tomar una copa. Fuimos a uno de los dos cafés que había, frente al estadio de Charlety.

Me preguntó qué es lo que hacía en la vida. No sabía qué responderle. Terminé por decirle que había dejado los estudios. Yo también le hice preguntas. Su primo y socio llevaba el almacén de la calle Jardins-Saint-Paul. Él se ocupaba de otro local, situado al lado del mercado de las Pulgas, en la puerta de Clignancourt. Había nacido en el barrio, en el seno de una familia de judíos polacos.

Fui yo quien comenzó a hablar de la guerra y de la Ocupación. En esa época él tenía dieciocho años. Recordaba que un sábado la policía había hecho una incursión en el mercado de las Pulgas de Saint-Ouen para detener judíos y que había escapado a la redada de milagro. Lo que más le había sorprendido es que entre los inspectores hubiera una mujer.

Le hablé del solar que me había llamado la atención cuando mi madre me llevaba a las Pulgas, y que se extendía al pie de los bloques de pisos del bulevar Ney. Él había vivido allí con su familia. En la calle Elisabeth Rolland. Le llamó la atención que yo anotase el nombre de la calle. Un barrio al que denominaban El Llano. Lo habían demolido por completo después de la guerra y ahora lo utilizaban como campo deportivo.

Mientras conversaba con él, pensaba en mi padre, al que no veía desde hacía tiempo. A los diecinueve años, a la misma edad que yo tenía y antes de perderse en sus sueños de altas finanzas, vivía de pequeños trapicheos en las puertas de París: pasaba clandestinamente los fielatos con bidones de gasolina, que revendía a los garajes, con bebidas y otras mercancías. Todo ello sin pagar las tasas.

En el momento de despedirnos, el chamarilero me dijo en tono amistoso que si tenía más cosas que venderle podía ponerme en contacto con él en la calle Jardins-Saint-Paul. Y me dio cien francos más, conmovido sin duda por mi aire candoroso de buen chico.

He olvidado su rostro. Sólo me acuerdo de su nombre. Pudo muy bien conocer a Dora Bruder, en la puerta de Clignancourt y en El Llano. Vivían en el mismo barrio y tenían la misma edad. Quizá se las sabía todas acerca de las fugas de Dora… Existen casualidades, encuentros y coincidencias que se ignorarán siempre… Aquel otoño, caminando de nuevo por la calle Jardins-Saint-Paul, meditaba en todo eso. El almacén y su persiana metálica oxidada ya no existen y los edificios vecinos han sido restaurados. De nuevo experimentaba un vacío. Y no comprendía por qué. La mayor parte de los edificios del barrio habían sido demolidos después de la guerra, de una manera metódica, según una decisión administrativa. Incluso se le había dado nombre a la zona que debía ser arrasada: el islote 16. He encontrado fotos, una de la calle Jardins-Saint-Paul, cuando aún existían los números impares. Y otra de edificios a medio derribar, aliado de la iglesia de Saint-Gervais y alrededor del hotel de Sens. Otra, de un solar a orillas del Sena, que la gente atravesaba por dos aceras, por lo demás inútiles: era todo lo que quedaba de la calle
Nonnains-d'Hyeres
y luego habían construido hileras de casas, modificando a veces el antiguo trazado de las calles.

Las fachadas eran rectilíneas, las ventanas cuadradas, el hormigón del color de la amnesia. Las farolas proyectaban una luz fría. De cuando en cuando, bancos, un parque, árboles, piezas de un decorado, hojas artificiales. No se habían contentado, como en el muro del cuartel de Tourelles, con fijar un cartel: «Zona militar. Prohibido filmar y hacer fotografías». Habían devastado todo para construir una especie de pueblo

suizo de cuya neutralidad no podía dudarse.

Los jirones de papel pintado que había visto hacía treinta años en la calle Jardins-Saint-Paul eran los restos de las habitaciones donde habían vivido chicos de la edad de Dora que la policía había ido a buscar un día de julio de 1942. La lista de nombres está siempre acompañada de las mismas calles. Pero los números de los edificios y los de las calles ya no corresponden a nada.

Cuando yo contaba diecisiete años, Tourelles sólo era para mí un nombre que había descubierto al final de un libro de Jean Genet, *Milagro de la rosa*. Citaba los lugares en que había escrito el libro: LA SANTÉ, PRISION DE TOURELLES, 1943. También él había estado encerrado allí en calidad de preso común, poco tiempo después de la partida de Dora Bruder; hubieran podido cruzarse. *Milagro de la rosa* no sólo estaba impregnado de los recuerdos del correccional de menores de Meuray —uno de esos reformatorios donde querían internar a Dora—, sino también, me parece ahora, de los de las prisiones de la Santé y Tourelles.

Me sabía de memoria frases enteras de ese libro.

Me viene una de ellas a la cabeza: «Aquel niño me enseñaba que el verdadero fondo del argot parisino es la ternura entristecida». La frase evoca tan bien a Dora Bruder que tengo la sensación de haberla conocido. Se les habían puesto estrellas amarillas a niños de nombre polaco, ruso, rumano, pero tan parisinos que se confundían con las fachadas de las casas, las aceras, los infinitos matices del gris que existen en París. Al igual que Dora Bruder, hablaban todos ellos con acento de París, empleando palabras de aquel argot cuya ternura entristecida había percibido Jean Genet.

Cuando Dora estaba presa en Tourelles se podían recibir paquetes, y también visitas los jueves y domingos y asistir a misa los martes. Los gendarmes pasaban lista a las ocho de la mañana. Los detenidos se ponían en posición de firmes al pie de la cama. A mediodía se comían sólo coles. Paseo por el patio del cuartel. Cena a las seis de la tarde. Pasar lista otra vez. Ducha cada quince días, de dos en dos, acompañadas por los gendarmes. Silbato. En fila. Para tener visitas había que escribir una carta al director de la prisión y nunca se sabía si concedería su autorización.

Las visitas tenían lugar después de comer, en el refectorio. Los gendarmes registraban los bolsos de los visitantes. Abrían los paquetes. A menudo se prohibían las visitas, sin razón alguna, y las detenidas no lo sabían hasta una hora antes.

Entre las mujeres que Dora pudo conocer en Tourelles se encontraban lo que los alemanes llamaban «amigas de los judíos»: una docena de francesas «arias» que habían tenido el valor, en junio, el primer día que los judíos debían llevar la estrella amarilla, de llevarla ellas también en señal de solidaridad, pero de manera fantasiosa e insolente, según las autoridades de ocupación. Una se la había colgado al cuello a su perro. Otra había bordado en ella: PAPOD. Otra JENNY. Otra se había pegado ocho estrellas en el cinturón y en cada una figuraba una letra de la palabra VICTORIA. Todas ellas fueron detenidas en la calle y conducidas a la comisaría más próxima. Luego a prisión preventiva. Luego a Tourelles. Luego, el 13 de agosto, al campo de Drancy. Las «amigas de los judíos» ejercían las profesiones siguientes: mecanógrafas. Dependienta de papelería. Vendedora de periódicos. Ama de casa. Empleada de Correos y Telégrafos. Estudiantes.

En el mes de agosto las detenciones se fueron haciendo más y más numerosas. Las mujeres ni siquiera pasaban por la preventiva y eran conducidas directamente a Tourelles. En los dormitorios para veinte personas se hacinaban alrededor de cuarenta. En semejante promiscuidad el calor se hacía asfixiante y la angustia se apoderaba de ellas. Comprendían que Tourelles no era más que un lugar de selección donde estaban en peligro de ser enviadas a un destino desconocido.

El 19 de julio, dos grupos de un centenar de judías ya habían partido hacia el campo de Drancy. Entre ellas se encontraba Raca Israelowicz, de nacionalidad polaca, que tenía dieciocho años y que llegó a Tourelles el mismo día que Dora, quizá en el mismo coche celular. Ella fue sin duda una de sus vecinas de dormitorio.

La noche del 12 de agosto en Tourelles se difundió el rumor de que todas las judías y las que llamaban «amigas de los judíos» saldrían al día siguiente hacia Drancy.

A las diez de la mañana del día 13 pasaron lista interminablemente en el patio del cuartel, bajo los castaños. Último desayuno a la sombra de aquellos árboles. Una ración miserable que te dejaba hambriento.

Llegaron los autobuses. En cantidad suficiente, al parecer, para que cada prisionera pudiera sentarse. Dora como todas las demás. Era jueves, día de visita.

El convoy se estremeció. Estaba rodeado de policías con cascos y motorizados. Tomó la ruta que se sigue hoy día para ir al aeropuerto de Roissy. Han transcurrido más de cincuenta años. Han construido una autopista, arrasado chalets, cambiando de arriba abajo el paisaje de este suburbio del nordeste hasta volverlo, como el islote 16, lo más neutro y gris que han podido. Pero los carteles indicadores del aeropuerto llevan aún los nombres antiguos: DRANCY o ROMAINVILLE. Y al borde mismo de la autopista, del

lado de la puerta de Bagnolet, queda un resto del naufragio de aquel tiempo, un hangar de madera, que ha sido olvidado y ostenta una inscripción bien visible: DUREMOND.

En Drancy, entre el barullo, Dora encuentra a su padre, internado desde marzo. Aquel mes de agosto, como en Tourelles, como en la preventiva, el campo se llenaba cada día de una multitud cada vez más numerosa de hombres y mujeres. Llegaban por millares en trenes de mercancías. Centenares de mujeres, a las que habían separado de sus hijos, llegaban de los campos de Pithiviers y Beaune-la-Rolande. Y cuatro mil niños llegaron a su vez, el 15 de agosto y los días siguientes, después de que hubieran deportado a sus madres. Los nombres de muchos de ellos, que habían sido escritos de prisa y corriendo en sus ropas, a la salida de Pithiviers y de Beaune-la-Rolande, eran ilegibles. Niño sin identificar n.º 122. Niño sin identificar n.º 146. Niña de tres años. Nombre: Monique. Sin identificar.

A causa de la superpoblación del campo y en previsión de los convoyes que llegarían de la zona libre, las autoridades decidieron trasladar de Drancy al campo de Pithiviers a los judíos de nacionalidad francesa, el 2 y el 5 de septiembre. Las cuatro jóvenes que habían llegado el mismo día que Dora a Tourelles y que tenían entre dieciséis y diecisiete años, Claudine Winerbett, Zélie Strohlitz, Marthe Nachmanowicz e Yvonne Pitoun, formaron parte de aquel convoy de cerca de mil quinientos judíos franceses. Seguramente pensaban que su nacionalidad los protegería. Dora, que era francesa, habría podido dejar Drancy con ellos. Pero no lo hizo por una razón fácil de adivinar: prefirió quedarse con su padre.

Ambos, padre e hija, dejaron Drancy el 18 de septiembre, con mil hombres y mujeres más, en un convoy con dirección a Auschwitz.

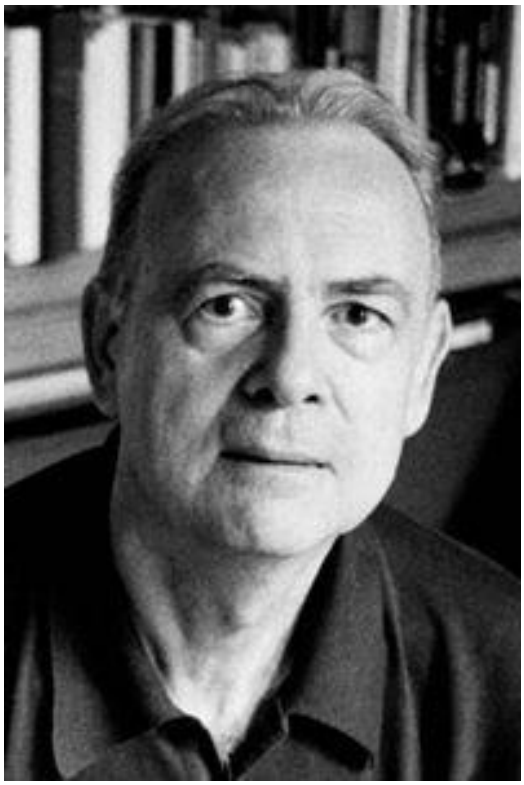
La madre de Dora, Cécile Bruder, fue detenida el 16 de julio de 1942, el día de la gran redada, e internada en Drancy. Se encontró con su marido durante algunos días, mientras su hija permanecía en Tourelles. Cécile Bruder fue liberada de Drancy el 23 de julio, sin duda porque había nacido en Budapest y las autoridades aún no habían dado orden de deportar a los judíos originarios de Hungría.

¿Le dio tiempo a visitar a Dora en Tourelles algún jueves o domingo de aquel verano de 1942? Fue de nuevo internada en el campo de Drancy el 9 de enero de 1943 y partió en el convoy del 11 de febrero para Auschwitz, cinco meses después que su marido y su hija.

El sábado 19 de septiembre, al día siguiente de la partida de Dora y de su padre, las autoridades de ocupación impusieron el toque de queda en represalia por un atentado cometido en el cine Rex. Nadie podía salir de casa desde las tres de la tarde hasta la mañana del día siguiente. La ciudad estaba desierta como para subrayar la ausencia de Dora.

Más tarde, el París en el que he intentado encontrar su pista se ha quedado tan desierto y silencioso como aquel día. Transito a través de calles vacías. Para mí lo están, incluso al terminar la tarde, a la hora de los embotellamientos, cuando la gente se apresura para llegar a las bocas de metro. No puedo dejar de pensar en la joven y sentir un eco de su presencia en ciertos barrios. La otra noche, en la estación del Norte.

Nunca sabré cómo pasaba los días, dónde se escondía, en compañía de quién estuvo durante los primeros meses de su primera fuga y durante las semanas de primavera en que se escapó de nuevo. Es su secreto. Un modesto y precioso secreto que los verdugos, las ordenanzas, las autoridades llamadas de ocupación, la prisión preventiva, la Historia, el tiempo —todo lo que nos ensucia y destruye— no pudieron robarle.



PATRICK MODIANO (Boulogne-Billancourt el 30 de julio de 1945). Hijo de una actriz belga y de un hombre de negocios italiano, creció entre Jouy-en-Josas y la Alta Saboya. Las ausencias repetidas de sus padres le acercan a su hermano mayor, Rudy, que muere a la edad de diez años. Tras aprobar la selectividad, decide dedicarse plenamente a la escritura. Sus primeras obras giran en torno a la ocupación nazi y el colaboracionismo (*El lugar de la estrella*, galardonada con el Premio Roger Nimier y el Premio Fénéon, *La ronda de noche* y *Los bulevares periféricos*). En 1978 obtiene el Premio Goncourt por *La calle de las tiendas oscuras*, y en 1984 recibe el Premio de la Fundación Pierre de Mónaco por el conjunto de su obra. En castellano, entre otras, también se han publicado *Domingos de agosto, Viaje de novios, El rincón de los niños, Las desconocidas, Dora Bruder* y *Joyita*. Este gran autor, de una extremada sensibilidad, describe en sus ficciones la búsqueda de la propia identidad, que oscila entre el recuerdo desgarrador y la tentación de la amnesia benéfica.

Notas

[1] Extraído de un informe administrativo redactado en noviembre de 1943 por un responsable del servicio de Recaudación de Pithiviers. < <

[2] Mylene Demongeot es una actriz cinematográfica francesa que gozó de gran popularidad a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta gracias a su llamativa belleza y acertadas interpretaciones. En su filmografía destacan de manera especial Las brujas de Salem (1957), junto a Yves Montand, y El rapto de las Sabinas (1961). (*N. de la T.*). < <

[3] Robert Desnos (París, 1900-Terezín [Checoslovaquia], 1945). Poeta rebelde, libertario, primero surrealista, luego lírico de inspiración nervaliana. Buscó la expresión popular en el periodismo, la radio y el cine. Poesía y acción se conjugan en sus poemas clandestinos, que afirman el amor y la esperanza. Sacrificó su vida en aras de la Resistencia y murió en un campo de concentración. (*N. de la T.*). < <